
ARTURO ALAPE

Años de formación de Manuel Marulanda Vélez

Extractado por Mario Arrubla del libro de Arturo Alape
'Las vidas... de Tirofijo'

I

Viaje a Marquetalia – Alape se come la foto de Fidel Castro – Tirofijo habla del aislamiento de los guerrilleros y de la incomunicación entre ciudad y campo – Los mariachistas atacan

A finales de los cincuenta, en reunión del Comité Central de la Juventud Comunista se acordó que cuadros de la organización visitaran diversas zonas campesinas donde se habían desarrollado grupos de resistencia armada durante la década, con el objeto de conocer de cerca la experiencia de la guerrilla. A Omar Bernal y a mí [A.A.] nos tocó por suerte viajar a Marquetalia, nombre que llegaría a adquirir resonancias míticas con el transcurso de los años. Otros compañeros fueron enviados al Pato, a Guayabero, Riochiquito, Sumapaz. En los sesenta, ir a Marquetalia colmaba los sueños más ambiciosos de los jóvenes revolucionarios. La situación de la zona era empero muy difícil, no hacía mucho habían asesinado a *Charro Negro*, el compañero de armas y mejor amigo de Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez, *Tirofijo*.

Marquetalia, que en nuestra imaginación –y la del país– era un fortín de centenares de hombres armados, reptando o parapetados en trincheras circulares, resultó siendo, para nuestra sorpresa, una pequeña explanada de potreros, rodeada de cerros, con dos casas donde vivían Isauro Yosa y Manuel

Marulanda con sus respectivas familias, y una tercera donde había vivido Jacobo Prías Alape, *Charro Negro*. En esta última casa nos alojamos Omar y yo mientras esperábamos a Manuel Marulanda Vélez. Manuel estaba más arriba en la montaña, haciendo prácticas de tiro. Tal vez en la tarde o al otro día, nos dijeron, estaría de regreso.

“Él es el camarada Manuel”, dijo una compañera al girar el cuerpo, cuando nos servía dos tazas de café. Vimos un hombre en la puerta, escudriñando desconfiado hacia adentro. Sin darnos tiempo para el asombro, se quitó el chacó de la cabeza, saludó de mano y clavó sus ojos en nosotros. Portaba una carabina M-1, la puso entre sus rodillas sin soltarla, y en un tono de paisa preguntó:

—Vea hombre, ¿cómo sabe Fidel con panela? —Manuel, que ya estaba enterado de la anécdota, comenzó a reír como si le hubiera dado un ataque de tos. Después de prender un cigarrillo, y siempre riendo, nos pidió que le contáramos la aventura en detalle. Al aproximarnos a la zona, un teniente del ejército nos había detenido con voz de mando: —Ustedes, ¿para dónde van? —Dijimos que veníamos de Bogotá con deseos de comprar una finca. —¿Ustedes son ilusos o se están haciendo los ingenuos? ¡Sus papeles! ¡Todo lo que tengan en los bolsillos! ¡Detengan las bestias! —Tres soldados detuvieron las bestias por las bridas. Cuando el teniente, después de examinar nuestros documentos de identidad, leía una carta no del todo inocente entregada por Omar, recordé que en uno de los bolsillos de atrás del pantalón yo llevaba una fotografía de Fidel Castro; en medio de la angustia, recordé también que en otro bolsillo llevaba un pedazo de panela. Entonces, como pude, y mientras el teniente releía la carta, mordí la panela y me metí el retrato en la boca. Mastiqué afanado y engullí el retrato de Fidel en una de sus poses características en la Sierra Maestra. Marulanda se entregó de nuevo a la risa, tapándose la boca con la toalla que le colgaba del hombro. Despidiéndose de momento, nos advirtió:

—Hay que estar alertas, que de pronto se nos meten los *mariachistas*. Mañana les explicaremos las medidas de seguridad que deben tener en cuenta en caso de un ataque sorpresivo.

En la noche volvimos a hablar con Marulanda. Palpitábamos de la emoción. El nombre de Marulanda o *Tirofijo* era para nosotros, muchachos de la ciudad, como el anuncio de un deshielo hacia otra realidad.

—Ya son muchos los años que llevamos gateando en esta lucha. Muchas las carreras a los berriondazos. No hablo de las dificultades. El hombre está hecho para las dificultades. Yo creo que hemos tenido un enemigo, el peor de todos los enemigos. ¿Saben cuál ha sido? No hablo del ejército, no hablo de los *pájaros*, ni hablo de los *liberales limpios*. Hablo del aisla-

miento de esta lucha, que es peor que aguantar hambre por una semana seguida. Entre ustedes, los de la ciudad, y nosotros los que hemos estado enmontados, hay de por medio una gran montaña. Las voces de ustedes y las de nosotros no se hablan entre sí. No es una distancia de tierras y de ríos, de obstáculos naturales, no, es una montaña de aislamiento atravesada. De nosotros es poco lo que se sabe entre ustedes, de ustedes poca la historia que conocemos por aquí...

Marulanda se quedó un rato pensativo, como encarnando la imagen del aislamiento. Carraspeó y nos miró intensamente:

—¿Ustedes alguna vez han estado metidos dentro de un cacho? Nosotros sí, por muchos años, estuvimos metidos dentro de un cacho. Cuando iniciamos la lucha, nunca nos llegó la voz de los dirigentes liberales, ni el más simple respiro de un golpecito en las espaldas. En el Sur del Tolima no hicimos más que pelear con los liberales *limpios*; salimos de El Davis a las huyendas y durante casi dos años, con el *Charro*, estuvimos vagando solitarios por la montaña, sin el menor contacto con el partido liberal. Esos fueron los años en que estuvimos metidos dentro de un cacho, y encima teníamos otro bien engargolado. No había espacio para sacar la cabeza. La hondura del cacho es una cueva oscura, donde sólo se escucha el burbujear de las aguas subterráneas. Un cielo con venda para los hombres.

Yo me imaginé un gigantesco cacho curvo, lleno de hombres ansiosos de salir por un instante de su encierro. Marulanda pareció adivinar mis pensamientos.

—Uno se siente asfixiado dentro de ese cacho. Lo grave es la montaña que existe entre la ciudad y nosotros, los del campo, y peor, entre la ciudad y los enmontados. Después de diez años volvimos a comprobar la existencia de la luz eléctrica. La vimos de nuevo enjaulada en un bombillo, cuando salimos a los pueblos como hombres legales, en la pacificación de Lleras Camargo. Fue como volver a visualizar el día.

Marulanda se paró para marcharse. Al despedirse nos preguntó:

—En caso de que se nos metan los *mariachistas*, ¿ustedes saben manejar un arma?

Un gesto negativo de Omar y yo.

—Pues tendremos que enseñarles un poco sobre cómo se defiende la vida en esos casos —dijo en tono burlón. En la tarde del día siguiente aprendimos a manejar un fusil.

Era la madrugada del 25 de diciembre de 1960, tres días después terminaría nuestra visita a la zona. La noche anterior habíamos estado en una hermosa fiesta. Yo dormía con Omar en una habitación del segundo piso de la casa. De pronto, escuché la voz de Omar: “Qué pasa, tigre?” El

techo se cimbroneaba. “No sé”, contesté. Un segundo después entendimos lo que estaba ocurriendo. Omar dijo: “Se nos metieron, nos asaltaron...”. Un tiroteo cerrado atronaba en los oídos, una tempestad de granizo de plomo. No había alcanzado a ponerme los zapatos cuando Omar abrió la ventana y no supe cómo se lanzó por ella. Yo abrí la puerta y me lancé como pude por las gradas, y la verdad es que no llegué caminando sino dando vueltas a la trinchera que rodeaba la casa. En el piso de esa trinchera-miadero quedé zambullido escondiendo la vida. Una voz, cerca, me confirmó la situación. Era *El Patas*: “Agáchese, camarada, que se nos metieron los *mariachistas*. Quédese quieto, y no dé papaya”. Los madrazos calentaban la frialdad del alba. “*Mariachistas* hijueputas, vengan que los esperamos”. “Hijueputas comunistas, ya vamos”. Las balas silbaban. Comencé a sentir —después me lo explicaron— la fiebre blanca. Tiritando hasta el alma, mi cuerpo traqueteaba como si la piel tuviera dientes; corrientes heladas subían de los pies a la cabeza haciéndose nudos en las rodillas. Entre los madrazos y los tiros que aumentaban en intensidad, el amanecer permanecía impávido, sin correr en sus minutos. *El Patas* preguntó afanado: “¿Y el otro camarada?” Castañeteando los dientes le dije que se había arrojado por la ventana y tal vez andaría perdido en el monte. Vislumbro el comienzo del amanecer. *El Patas* habla sin dar el rostro: “Acaban de comunicarme que se está organizando una comisión para sacar a los *mariachistas* de la zona”. Guardo silencio, siempre tendido en la trinchera-miadero. Y de pronto oigo una gran carcajada como si la tierra vomitara la risa de miles de hombres, retenida en sus entrañas por milenios. *El Patas*, sumiéndose el estómago, y tres compañeros más con las armas entrepiernadas, emergieron riendo a la luz del día que se hacía. Y apareció Manuel Marulanda, carcajeándose y estornudando. Lloroso por la risa, dijo arrastrando las palabras:

—Camaradas, antes de que se fueran para la ciudad, queríamos mostrarles cómo es un asalto nocturno. Un curso político sobre un asalto.

II

Recuerdos de la Guerra de los Mil Días: los macheteros, el caldo peligroso, el Novenario – Años de infancia – Pedro Antonio Marín se independiza; hábil negociante, monta un almacén en La Primavera

“**M**ire, yo nací no sé propiamente la fecha, el mes sí lo sé, mayo de 1930”. Su padre, Pedro Pablo Marín Quiceno, dice que su hijo Pedro Antonio Marín nació el 12 de mayo de 1928 en Génova, Quindío. Pedro Antonio Marín insiste: “Yo soy del año 30, o sea cuando el mandato de Olaya Herrera”. A él y a sus hermanos les impresionaban mucho las historias contadas por sus padres y tíos sobre brujas y espantos, sobre patasolas, candilejas y duendes que llenaban la noche de suspenso y los mantenían despiertos en una habitación de paredes de barro embutido en guaduas y de techo de zinc. [En su libro *Las vidas de Pedro Antonio Marín...*, Alape transcribe varias historias de espantos contadas por *Tirofijo*]. De niño, cuenta con rubor, fue un experto en manipular su cometa de manera que no cabeceara ni coleara, así como en dormir en la mano su trompo sedita y lanzar con precisión la bola de cristal metiéndola en el hoyo. La nostalgia se nota en su voz al evocar las fiestas y reuniones entre el 24 de diciembre y el 6 de enero. En esas reuniones de familiares y amigos se hablaba a menudo de la Guerra de los Mil Días, una guerra de hombres y para hombres, en que la brutalidad humana no tuvo límites. Se contaba cómo las treguas, acordadas de común acuerdo para recoger los muertos, se convertían en una rapiña por los despojos. Los buscadores de bolsillos, dientes de oro y prendas de valor, desnudaban los cuerpos inertes, dándoles vuelta sobre la tierra para robarles hasta el sudor. El abuelo paterno, antioqueño, simpático y amable, de metro ochenta y pico, blanco y musculado, llamado Ángel Marín, hablaba con autoridad sobre esa guerra. Marulanda recuerda: “La cosa no era con uno de muchacho. La cosa era entre personas adultas de gran respetabilidad. Si uno osaba preguntar, se ganaba una paliza, pero uno los oía contar esas historias de guerra. El abuelo fue corneta en las filas liberales. Yo lo imaginaba sacando fuertes aires de los pulmones, anunciando el comienzo de la contienda. La voz del abuelo decía que al llegar la soldadesca liberal a una hacienda, donde había veinte o treinta camas con tendidos

de cuero, se despejaban las camas y los cueros eran pasados al ecónomo que los repartía en partes iguales a los soldados para que hicieran caldo ‘peligroso’. Eso le oí decir yo. Caldo ‘peligroso’ para la tropa. Genuina sustancia de cuero seco para espantar el hambre”. El abuelo, con tragos, o en las visitas familiares, contaba muy a gusto sobre las tácticas usadas en la guerra. “El abuelo refería y uno escuchaba. Las tácticas de penetración en la noche, deslizándose para sorprender al enemigo; las instrucciones para el asalto: no ponerse la camisa, quitarse el chacó, cortarse las mangas de la camisa, caerle al cuartel enemigo en la noche más oscura creando la confusión en los durmientes”. Acordaban previamente las señales: dónde ubicarse en el combate, cómo localizarse en casos extremos, las consignas para que la retirada fuera en orden, evitando el desastre fatal de una desbandada. “Detalles que el abuelo refería y uno escuchaba de la Guerra de los Mil Días”. Los macheteros, con sus ojos acostumbrados a la noche, eran feroces, cortaban un pelo al aire; los liberales tenían sus tropas de macheteros bien adiestrados, los conservadores también. Uno de los más escalofriantes relatos del abuelo versaba sobre el Novenario, que era el castigo propinado a los desertores tanto en las filas del liberalismo como en los ejércitos conservadores. Un castigo de guerra. El abuelo se secaba el sudor de las manos sobándolas con insistencia en los pantalones, con preocupación en el semblante. El Novenario consistía en darle al desertor en la espalda novecientos palos, cada día cien a la misma hora; el palo que se utilizaba tenía que ser de rosal, con espinas. El desertor, sin camisa y amarrado a un tronco, recibía la cuota diaria de cien palos; su espalda era al principio un amplio moretón, luego un entrecruce de trochas sanguinolentas, mientras el color del palo de rosal se penetraba de cuerpo de hombre. Entre tanda y tanda, alguien compadecido le rociaba agua, y el hombre acostado de lado intentaba infructuosamente dormir. Como el castigo se hacía en público, las voces de los impávidos concurrentes iban contando sin ningún afán el ritmo de la golpiza. “El castigo se veía como algo muy natural, una cosa que debía hacerse. Al cuarto o quinto día la espalda era como esperma derretida, luego aparecía la carne viva en pálpitos, en saltos nerviosos. Al final del Novenario el hombre caía muerto, o quedaba vivo bañado en su sangre, balbuceando agradecimientos porque no lo habían fusilado. El abuelo se nerviosaba al recordar el Novenario: ‘Cosas de la guerra’, terminaba mi abuelo Ángel. Él mismo había sido desertor de las filas del ejército conservador”.

Doce fueron los tíos de Pedro Antonio Marín. Dos de ellos ejercieron sobre él influencia. El tío Ángel Marín, blanco, alto y muy delgado, de ánimo alegre y festivo, “era un político de talla digamos veredal, muy

convencido de sus verdades; hablaba hasta saciarse de sus ideas liberales, en acaloradas discusiones con los campesinos; los inducía a apoyar al liberalismo en las campañas para concejos, asambleas y parlamento, y les describía la personalidad y cualidades de los candidatos de su partido a la presidencia de la república en el año 46; furibundo gaitanista, mi tío Ángel era de sangre hirviente en su habla al defender a su líder”.

El otro tío que influyó en Pedro Antonio y sus hermanos fue Jesús Marín, “más grueso de cuerpo y menos alto que el tío Ángel, pero reconcentrado en su pensar y silencioso en su voz”. Les enseñó esgrima, entrenándolos con un palo, luego con la peinilla. Les habló del arte de la defensa personal: que había que controlar el miedo como se controla la respiración, concentrarse frente al enemigo midiéndolo de cuerpo entero, propinar el golpe definitivo tensionando las piernas como árbol enraizado. “A ese par de tíos los teníamos muy en cuenta. A uno por la cuestión política, al otro por la esgrima...”.

Sus padres, Rosa Delia Marín Gallego y Pedro Pablo Marín Quiceno, estaban de pie desde tempranas horas de la madrugada, laborando con fervor la tierra. “Era una finca de un poco más de veinte hectáreas, cultivadas en café, yuca, plátanos. Clima cafetero, donde la siembra se hacía para que durara diez, quince o treinta años. Tierra de plátanos. La yuca también muy buena, lo mismo el fríjol, el café, la caña. Tierras buenas... Mi padre era el más pobre de la familia”. Los tíos en cambio poseían fincas de cien, ciento cincuenta, doscientas hectáreas; fincas cafeteras, cultivadas en pasto, caña. “Mi padre no era un hombre de negocios, no le gustaba deberle a nadie cinco centavos. Al acabársele los recursos de cosecha a cosecha prefería arañar el tiempo con lo que pudiera, pero no iba al pueblo a buscar crédito de ninguna especie. Los tíos al contrario querían quedar debiendo hasta el saludo. Al iniciar cualquier negocio, lo primero que indagaban era: ¿Cuánto es el plazo que me va a dar? Negociantes...” La finca del padre estaba situada en la vereda del Rosario, cerca de Ceilán, Valle; con el trabajo familiar daba apenas para el sostenimiento de la familia.

Pedro Antonio Marín, que era el hijo mayor, sólo alcanzó a conocer a los cuatro hermanos que lo seguían, pues apenas empezando la pubertad dejó la casa de sus padres; ya a esa edad quería ser un hombre independiente. Eso era propio de la comarca, una región que a comienzos de siglo acababa de ser descubierta, donde la vida se movía a un ritmo febril al impulso de la ambición de los colonos. Génova fue fundada en las vegas del río San Juan. En la descripción de Marulanda, “parecía la larga cola de un gurre”, a lo largo del río y cortada por él, sin modo de ensanchar-

se. Loma a lado y lado. En las últimas décadas había tomado vuelo el cultivo de café, y Génova terminó siendo una zona predominantemente cafetera. En los tiempos de cosecha se utilizaba mucha mano de obra, lo que contribuyó a que el caserío pronto se hiciera pueblo, un típico pueblo de zona de colonización antioqueña con rostro definido y bien planeadas calles, su iglesia y su parque y la organización de instituciones de cultura: colegios, teatros, hospital, caja agraria. “No era un pueblo bonito, pero sí, digamos, cómodo. Además con recuerdos hondos, pues ahí vino uno al mundo...”.

En un punto conocido como el Alto Rosario, Pedro Antonio hizo dos años de primaria; cursó tercero, cuarto y quinto en Ceilán, en un colegio “con profesores que me enseñaron mucho”. Era un excelente estudiante y le tocaba ayudar a los profesores. “Al terminar lo mío le enseñaba a los muchachos de segundo, después a los de tercero, a los de cuarto y luego a los de quinto. Tenía que quedarme a la espera para que los otros niños me alcanzaran... Eran tiempos en que, cuando uno terminaba la primaria, tenía los conocimientos digamos de un bachiller de hoy”.

A temprana edad, como se dijo, sintió el deseo de independizarse y formar su propio patrimonio. “Recuerdo que yo tenía dominio total de la casa. Conseguía los trabajadores para la recolección del café, para la siembra del maíz, la recolección del maíz, la siembra del fríjol, la recolección del cultivo de la yuca. Todo controlado prácticamente por mi cuenta, bajo mis pensamientos. Ese es el dominio. Es cuando me surge la idea de irme, de abrirme paso. Para no tener problemas en el futuro con los hermanos, entonces mejor me voy, pensé. Lo dije a mis padres. Yo creo que tenía que estar entre doce y medio y trece años. Dejé atrás los recuerdos vividos. Les volví la espalda sin remordimientos...”.

Quería conseguir algún capital que le permitiera tener su casa, su finca, sus animales. Se fue por los lados de La Tulia, Moralia, Betania, en el Valle, sobre la Cordillera Occidental, e hizo los primeros tanteos, cerca del Águila. Fue expendedor de carne, trabajó como panadero, como vendedor de dulces. Más adelante hizo de todo: que un contrato para construir varios kilómetros de camino o para cortes de madera, que la construcción de un puente, que el montaje de un galpón para alimentar arrieros y aserradores. “Yo entonces tenía buena energía y buenos argumentos para hablar con quien hablara y para convencerlo, y la gente me escuchaba y creía en mí”. A los 16 años firmó su primer contrato cerca de La Moralia para un corte de 30.000 piezas de madera. Poco a poco se fue convirtiendo en un avezado contratista. “Con tal que me ganara veinte o treinta centavos en cada pieza de madera, yo le soltaba el negocio a otro, le hacía firmar

al hombre un documento, le exigía el compromiso de cumplimiento y yo mismo controlaba el proceso de trabajo”. Contratista, comisionista, lo que saliera. En el lugar a que llegaba, incluso en la misma Betania, Pedro Antonio Marín averiguaba quiénes deseaban construirse una casa, y se presentaba ofreciendo sus servicios. Oía cómo la querían, y él buscaba a un maestro de obra: ¿Cuánto vale ese contrato, paisano? Y volvía donde los clientes a cuadrar el arreglo. Andariego, rebuscador, pero sobre todo enamorado de la moneda y dispuesto a capturarla.

Pronto resuelve montar un almacén en La Primavera, con un gran surtido de mercancías, productos de mercado: maíz, frijol, alverja, todo en granos lo mismo que en herramientas, un almacén donde se podía encontrar de todo. Continuó haciendo negocios en el campo, movimientos de madera con la mulada, contratos de aserrío, pero sus esfuerzos se centraron cada vez más en el almacén. Alcanzó a tener un capital de 40.000 pesos, considerable para la época, y movía otro tanto en créditos.

Así como prosperaba en los negocios, continuaba avanzando en el arte de la esgrima en que lo iniciara su tío José de Jesús. Asistía con puntualidad a la escuela de esgrima fundada por el Tuerto Felipe en Ceilán. El Tuerto hacía cada seis meses demostraciones con sus alumnos en el parque o en el teatro del pueblo, que le servían para cosechar aplausos y conseguir más alumnos. Entre los muchachos se había despertado una gran fiebre por el manejo de la peinilla. Para Pedro Antonio Marín fueron largas horas de disciplina en el proceso de aprendizaje, en el dominio de las paradas. “Un juego. Realmente un juego. Pero con algo que si de pronto ocurría una equivocación –aunque el machete no tuviera filo–, resultaba una víctima. Es la relación de brazos, cuerpo y ojos en una acción de rapidez, y la voz de mando que va saliendo del cerebro como enflechada. Se debe actuar con los ojos, porque en esgrima se ve que la otra persona movió un ojo y a conciencia uno puede decir: para ese lado va el machete, y pues a cortarle las intenciones a ese prójimo. Uno mantiene en reserva sus dotes y conocimientos de la esgrima. No para andar faroleando o atacar por impulso de la sangre a cualquier hombre por unas palabras mal trazadas por su lengua...”.

Los fines de semana, después de cerrar con candado su negocio en La Primavera, Pedro Antonio Marín tocaba el violín, “mi pasión de años que me hacía vibrar de cuerpo entero”. El baile se prendía al son de viejos porros como La Múcura y la Araña Picúa.

III

9 de Abril en Ceilán; los liberales se toman el poder – El negociante Pedro Antonio Marín no quiere saber nada de política – ‘Pájaros’ y policías aterrorizan los pueblos – “Yo dije: esto se jodió”

Nada se oponía a sus ambiciones. El futuro aparecía ante sus ojos como el fácil ascenso de una escalera, dados su amor por el dinero y su facilidad para los negocios. En el horizonte no apuntaban sombras. El norte del Valle era un paisaje que nada parecía poder perturbar, una imagen bucólica inmersa en lo cotidiano. Los colonos de comienzos de siglo, antiguos combatientes de la Guerra de los Mil Días, que dejaron las armas y fueron dueños y gestores de un esfuerzo descomunal de colonización tardía; los colonos procedentes del Cauca y de Antioquia que confluyeron en la zona descuajando las montañas de la Cordillera Central y sembrando cafetales en las laderas; los colonos que durante cuatro décadas lucharon con comerciantes, abogados, dueños de haciendas y compañías colonizadoras en arduos pleitos legales por el derecho a la posesión de las tierras baldías; los colonos que habían fundado pueblos y pueblos, ahora, juntos con sus familias, sólo aspiraban a vivir en paz. En la región reinaba la concordia. “Uno iba a la casa de un conservador y era como si llegara a la casa de un liberal o de un familiar, ¿no? Nadie se extrañaba, no había diferencias. Por ejemplo, las hermanas de uno se casaban con un conservador, uno no lo notaba, no se enteraba de esa situación. La diferencia vino como un alud de tierra, después...”.

Un viernes por la mañana, Pedro Antonio Marín da una vuelta por el pueblo después de haber recogido una carga de quesos en la finca de su tío Ángel Marín y de descargar la mulada en la plaza. Camina por las calles, entra a un local de billares y se pone a seguir una partida como espectador. Hay barra en torno de la mesa, murmullos de admiración por los aciertos, de desaliento por los fallos. Un Telefunken grande y viejo, colocado encima de un estante, explota con una noticia que lo deja anonadado. ¡Mataron a Gaitán! ¡Mataron a Gaitán! La una y media de la tarde. Los billaristas dejan caer los tacos sobre la mesa y corren para meterse de oídos al aparato de radio. Se descomponen los rostros, las lágrimas ruedan copiosas. Enloquecidos se movilizan, desocupan el establecimiento. Momentos después, ante la puerta de la casa del tío Ángel

Marín, suerte de líder político local, un vozarrón colectivo repite el grito: ¡Mataron a Gaitán! Hacia las tres de la tarde, “se reúnen, yo creo, hasta donde alcancé a ver, unas quinientas personas ahí alrededor de mi tío, que de inmediato salió de su casa”. Pedro Antonio Marín no conserva en el recuerdo el discurso de su tío, sólo sus gestos de fotografía muda en medio de la oleada enfurecida de la población.

Los conservadores del pueblo, indefensos, fueron perseguidos como culpables y condenados por un crimen cometido en la capital. Simulando serenidad, tratando de esconder el pavor que hacía temblar sus cuerpos, esperaban acobardados que llegaran a buscarlos. Uno a uno fueron cazados en sus almacenes, sacados a rastras de sus casas. Las masas liberales le cayeron a la alcaldía de sorpresa; las autoridades legales fueron apresadas y conducidas a la fuerza a la cárcel, a la vez que los presos eran soltados; los policías fueron desarmados; por decreto anunciado a grandes voces por un parlante fueron nombradas nuevas autoridades: un alcalde, aunque Ceilán no era un municipio; un inspector, para reemplazar al que esa misma tarde la turba había matado en su oficina. Se creó una nueva policía, que comenzó a patrullar las calles con los fusiles confiscados a los agentes destituidos. Llegó más gente de las veredas, se juntaron miles de personas, aglomeración nunca vista en Ceilán. El pueblo sublevado se puso a la espera de las orientaciones que de un momento a otro debían provenir de la Dirección Nacional Liberal. Lo más apremiante era decidir qué se hacía con los conservadores. No había duda: los conservadores eran los culpables del asesinato de Gaitán. Grupos de hombres armados de machetes, palos y escopetas de fisto, y de revólveres decomisados a los ricos del pueblo, vociferaban su sed de venganza. “Si alguien olía a conservador, fuera conocido o desconocido, venga para acá señor, requisado, sus huesos a la cárcel. Eso presencié yo en Ceilán”.

A los ocho días de espera, la incertidumbre se convirtió en desconcierto, y el desconcierto en un sentimiento de abandono. Ni una palabra de los dirigentes nacionales. Por los hilos de la telegrafía se supo de la llegada de la tropa. Los pobladores se dispersaron y trataron de mimetizarse en las veredas. Pero antes pusieron en libertad a los conservadores, en su gran mayoría ilesos; las armas fueron dejadas en la inspección de policía. No eran muchos los soldados que llegaron. “Veinte soldados, pero que era una cantidad de tropa, cosa fantástica en comparación con la policía que vivía en el pueblo, que no pasaba de cinco agentes”. Indagaron, querían descubrir a los instigadores del levantamiento. Traían anotados en una libreta los nombres de muchas personas y las detuvieron. El tío Ángel Marín no se dejó agarrar. Doscientos detenidos fueron a parar a la cárcel

de Tuluá. Año y medio después volvieron a pisar de nuevo las calles del pueblo; con la experiencia funesta de aquella tarde, algo definitivo en sus vidas los había abandonado. En esos hombres se concentra el recuerdo dolorido de Marulanda: “La frustración les tocó el alma y los puso a padecer de muerte cercana”.

“Toda la familia de nosotros era liberal y los que iban naciendo, pues también eran liberales. Era como un nudo de pura tradición. Eso ya estaba escrito, digamos, en el destino de uno y de todos, como la señal de la cruz que a la fuerza siempre se llevaba en la frente. La familia de nosotros era gaitanista”. El tío Ángel Marín se encendía en fogosidad en las reuniones con la gente de Ceilán. Lo definía “como un hombre de nosotros, el hombre que necesitamos, uno de nosotros con la misma habla, que cuando subiera a la presidencia resolvería todos los problemas del país”. Para el tío, Gaitán no iba a dejar problema sin resolver. “Uno les oía comentar, a los que sabían de esas materias, que con Gaitán se mejorarían los precios del café, del ganado; se desarrollaría en el país una política de colonización para los sin tierra y los sin trabajo, que habría muchos créditos para el derrumbe de montaña y así se pudiera levantar en el futuro una nueva vida; que los colonos serían dueños de sus fincas”. El árbol de la ilusión quedó cortado de raíz con el asesinato de Gaitán.

Pedro Antonio Marín abandonó a Ceilán, preocupado y temeroso por lo que había presenciado el 9 de abril. Vinieron días de calma, la Cordillera se sosegó un poco de los temblores sociales. Él volvió a La Primavera a ocuparse de su almacén, y se reavivó su ánimo por los negocios. Visitó varias regiones, llegó a El Dovio y quedó deslumbrado por su movimiento económico el día de mercado. Concibió proyectos para establecerse como negociante en El Dovio. “Con lo que saliera a la plaza, eso se vendía. Si uno llegaba al mercado con mercancías, vendía mercancías; si era expendedor de carne, la res de inmediato se cortaba en libras, desapareciendo hasta los huesos. Con esto quiero significar mi entusiasmo”. Mas el día en que se aprestaba a salir de El Dovio, concluido su sondeo de comerciante, vio de pronto que en la plaza se formaba una enorme trifulca. Pedro Antonio no entendía lo que pasaba. Después de algunos minutos se enteró por la gritería y los abajos a uno y otro partido que se trataba de una pelea entre liberales y conservadores. Las toldas volaron destrozadas; las papayas, anones, piñas, chirimoyas y bananos, toda suerte de frutas fueron destripadas por los pisotones, por las cabezas y espaldas de hombres caídos; los liberales se armaron con un bulto de panela y la utilizaron como piedras; se rasgó el aire con peinillas, navajas y puñales en furiosos lances, sonaron disparos, y al final las autoridades hicieron el reconocimiento de cinco muertos. Treinta

heridos que hubo se levantaron agitados y corrieron. Al día siguiente se anunció que llegaban refuerzos policiales de Roldanillo.

La semana siguiente, Pedro Antonio Marín, ocupado en su negocio de La Primavera, se enteró de que la policía había detenido a numerosas personas en El Dovio. No quiso averiguar más, no quiso saber más porque “cuando uno se dedica a los negocios, no está preguntando por cuestiones políticas, uno está entre los tuétanos del negocio”. Pero ahí no paró el asunto. Poco después se produjo la ocupación de El Dovio “por bandas conservadoras de El Águila y de Supía, Caldas; aparecieron los muertos en el camino”. Rememorando esos hechos, Marulanda hace un gesto con las manos como deteniendo el tiempo, para pensar: “Yo dije: ya esto se jodió. Se jodió la idea de montar un almacén en El Dovio. No tiene objeto invertir trabajo para luego despeñarse”.

A Cali, un pueblo grande, que quizá sobrepasaba los cien mil habitantes, en los meses de julio y agosto de 1949 llegaron desde el norte del Valle los que, huyendo, salvaron sus vidas. Se hacinaron como pudieron en el viejo local de la Casa Liberal, y relataron sus experiencias. Dijo un exiliado: “A mí me mandaron una carta con un cuchillo pintado y unas gotas de sangre, hechas con tinta roja. Me decían que si no abandonaba mi chacra, dejaría en ella mis huesos. No tuve más remedio que desocuparles”. Dijo otro: “Un día me obligaron a ayudar a cargar cuatro cadáveres de hombres que habían matado. Después me mandaron un papel en que me decían que ahí me mandaban un carro para que me largara. El carro era un dibujo hecho con tinta roja”. Otro más dijo: “Cuando los sentí cerquita me salí por la puerta y me fui para el monte. La tierra la dejé sola y no pude volver a darle ni una azadonada al maicito que ya está grande. De allí salí para acá, y gracias a Dios ya estoy entre cristianos”. En certero editorial, el *Relator* de Cali describía así la situación: “En nombre de la política se busca un oscuro chantaje, un negocio turbio y miserable: hostigar a alguien hasta que tenga que emigrar y dejarles a los aprovechados el negocio de toda una vida de luchas y de afanes. En esta clase de compraventas desesperadas entran casas, fincas, todo cuanto constituye el patrimonio del hombre de trabajo”. [Medio siglo después, el campesinado colombiano sufriría masivamente la misma experiencia].

Cali se convierte en la ciudad de los exiliados. Ellos piensan que en sus calles van a encontrar la seguridad que no tienen en el campo. Pero pronto la ciudad comienza a sentirse atrapada por el miedo. El toque de queda se establecerá muy pronto. Después de las seis de la tarde las calles serán para aves de rapiña, para pájaros cazadores de presas en las horas de la noche.

IV

Cae Betania; estratagema de los marranos –
 Destrucción de otros pueblos liberales – Pedro
 Antonio Marín pierde su almacén – Renegaciones
 de liberales – La quema de Ceilán – “El cuerpo no
 resiste más humillaciones”

“ Fue el comienzo de eso que conocí en El Dovio, que empezó a perseguirme como sombra maligna: la violencia. Llegaba a un pueblo, a otro, y ahí estaba esperándome como queriendo desterrarme”.

Los campos empiezan a ser asolados por los *pájaros*, continuación civil de la autoridad oficial. Van al campo y regresan a la ciudad motorizados, vuelan por todos lados, por esta y otra carretera, sin tener que identificarse: sombreros caídos; un pañuelo azul en el cuello sobre el escapulario; cananas cruzadas, arma al cinto y una mirada de respeto. Son católicos de hostia en la boca, manos crucificadas y rezos masticados. Avezados como están en el oficio de matar, nada les conmueve el corazón. Su religiosidad y su crueldad no se contradicen, al contrario: están adelantando una cruzada, azulando la Cordillera, godificando su verdor, chulavitizando sus cruces.

Ante la gravedad de las noticias, en La Tulia se formó una guardia de hombres pobremente armados. No querían morir amarrados a su indefensión: con machetes y escopetas se prepararon para resistir el ataque de los *pájaros*. En Betania se organizó otra fortaleza con seiscientos hombres que no querían vivir huyendo: huir era abandonarlo todo, desarraigarse de lo suyo, de la familia, el terruño, los sueños. Se formó un triángulo de vigilancia entre los pobladores de los corregimientos de La Tulia, Betania y La Primavera. Se sabía a toda la redonda, sin embargo, que si bien los liberales de la región estaban dispuestos a defenderse, carecían de preparación y de armas. “Le pegaron el primer ensayo a Betania y no pudieron entrar, la gente resistió como pudo, con los dientes. Los *pájaros* llegaron y se fueron desencantados, pero dispuestos a otros ensayos. Regresaron a El Dovio, ahora epicentro de sus operaciones. Un segundo ensayo a Betania, unos mil hombres, y no pudieron entrar. Es una cuestión histórica que yo conozco. El sufrimiento de nosotros, la desazón comiéndose las uñas del corazón...”. El tercer intento contra Betania fue el definitivo. Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez lo cuenta así: “Masacraron a

todo el mundo, porque le metieron policía, pájaros, ejército, totalmente equipados, y lo destruyeron todo a su paso, lo quemaron todo; mejor dicho, lo que uno sabe es que les dieron muerte por lo menos a trescientos liberales. Luego fue la desbandada de la resistencia, los sobrevivientes difundieron lo sucedido. Es un recuerdo que se lleva en la sangre por siempre y corre por ella...”.

Lucy Ramírez, de niña, presencié lo ocurrido en Betania. La reproducción de su relato nos exime de narrar en detalle la destrucción de otras poblaciones, por lo repetido del libreto. “Era el pueblo más grande de la región; había almacenes, grandes cafés, tenía hasta fábricas de café, esto era un gran pueblo. Allí quedaba el estanco. Salían cien mulas por semana a traer comida... Eso era antes del ataque y de la quema. Con eso se acabó el pueblo. Cuando llegaron los atacantes, la cola asomaba allá (en las afueras), como un desfile de colegio. Todos armados. Cuando llegó la cabeza aquí, donde ese vecino, entró otra gente... Entraron por ambos puntos, gente de El Dovio entró primero, con Mario Restrepo que venía por ahí con quinientos hombres. Éste atacó primero, al grito de ‘Viva Cristo Rey, ateos malnacidos’. Quemaron muchas casas. El olor llegaba hasta allá, hasta el montecito. Pura carne asada... Entre las casas hubo muchos muertos. Aquí en esta casa, camine, aquí donde estamos, hay como quince muertos, enterrados aquí, que no pudieron sacar después porque encima había muchos ladrillos y tejas de escombros. Fíjese que hubo 260 muertos... Los marranos se llevaban pedazos de carne de cristianos... A los tres o cuatro días arrastraban cuerpos, comiendo cristianos”.

Los marranos habían sido el ariete del ataque. El *Chimbilá*, un hombre sin hígados que había trabajado en los talleres de *El Colombiano* antes de convertirse en lugarteniente de León María Lozano, *El Cóndor*, ideó la estratagema: arrió a golpes de palo a sesenta marranos que tenían amarrada al lomo una tea encendida; los animales, gruñendo lastimosamente por el dolor de las quemaduras, abatieron en furiosa manada las trincheras y demás obstáculos defensivos levantados por la población. Después le tocó el turno a La Tulia. Aquí no hubo necesidad de marranos ni de ningún otro ingenio ofensivo, porque la población, por inercia o cansancio, se entregó sin ofrecer resistencia. Como recuerda Pedro Antonio Marín: “Unos centinelas hicieron cuatro o cinco disparos, más como aviso que como deseo de entablar defensa. Todo el mundo se fue yendo, todo el mundo retrocedió. Había pura indefensión, desánimo, impotencia, nada qué hacer”. Después de la masacre y la destrucción, los asaltantes pronunciaron discursos por parlantes durante tres horas, dando vivas a Laureano y a la Virgen del Carmen. Después de Betania siguieron los demás poblados

liberales de la Cordillera. Ya se hablaba de *Lamparilla*, del *Pollo*, del *Pájaro Azul*, también de un *Pájaro Verde* y un *Pájaro Negro*.

Pedro Antonio Marín estaba en La Tulia cuando se la tomaron los *pájaros*. A las cuatro de la mañana, ya clareando, salió de su escondite entre los cafetales y se fue a La Primavera, caserío del corregimiento de Bolívar donde tenía su almacén. A paso rápido cubrió las dos horas desde La Tulia hasta La Primavera. “Había que sostener la vida sobre las piernas. Yo ya veía eso como muy mal, muy oloroso a muerte. En La Primavera, yo era conocido por el negocio, entonces ahí sí decidí meterme en la cuestión de la política”. El joven Pedro Antonio Marín participó en la guardia y las avanzadas de La Primavera en condiciones de zozobra diaria. “Comencé a volverme activo, consideré que la situación había cambiado. Uno lo veía, lo sentía, no podía escapar a su influencia”. Anunciaron la toma de La Primavera. Mandaron avisos verbales, diciendo que quien quisiera ser respetado en su vida y en sus pertenencias debía firmar un documento renunciando a ser liberal y afiliándose al conservatismo; había que firmarlo en Naranjales, un pueblito arriba de Roldanillo, ante alcalde o juez y hecho en papel sellado. Tales salvaconductos tenían pues un carácter oficial: “era lógico suponer que el ejército y la policía debían perseguir a esos grupos, pero resulta que no era así”. La gente de La Primavera, muy asustada, bajó por centenares hasta Roldanillo o hasta Naranjales a firmar los documentos en que renunciaba a su tradición familiar. La renegaciones o desistimientos rezaban: “Protestamos del partido liberal porque es el partido de la anarquía, disociador moral que atenta contra el orden y las buenas costumbres y contra la Iglesia Católica. Desde hoy perteneceremos al partido conservador, único que representa el patrimonio legado por el Padre de la Patria”.

“Un día entraron cuatrocientos hombres a La Primavera, a puro fuego, haciendo sonar sus ametralladoras y su fusilería y sus carabinas. Disparamos unos tiritos con escopéticas... En últimas, nos fuimos huyendo por los potreros, por las fincas, por las sementeras. El mundo se desbandó en su miedo, la valentía ante tantos hombres era una lágrima perdida... y finalmente perdí mi almacén de La Primavera... Todos los derrotados de La Primavera nos encontramos con el susto adentro en el pueblito que le hablo, Naranjales. Nadie preguntaba de dónde viene usted, ni nadie preguntaba para dónde se dirige usted”. La gente de la Cordillera llegaba y reunía en palabras los sucesos. Los derrotados –antiguos colonos antioqueños, tolimenses, caldenses, caucanos– iban a la inspección y al juzgado a legalizarse como conservadores, y regresaban a la tierra ya volteados. “Yo desaparecí cerca de Ceilán atravesando en canoa el río Cauca. Llegué y

visité a mi familia que se encontraba morando por ahí mismo. Supe de la muerte de mi tío en La Primavera; él no quiso voltearse de conciencia y dejó la vida enterrada...”.

Estaba, pues, de nuevo en Ceilán, “como recogiendo una antigua carrera”. La población estaba en actitud de pelea, pero, se decían, ¿qué hacemos sin armas? “Si la dirección liberal nos consiguiera armas nosotros nos enfrentaríamos, pero ya ve usted que fuimos a Tuluá, que fuimos a Cali, los liberales estaban perdidos y escondidos en las ciudades, clandestinos, no dejaban pistas... Era el temor generalizado, cada uno cargando con su angustia, cada quien comiendo de su plato silencio y miedo; en la dirección del liberalismo solamente había una encargada de la oficina, medio muda, que no daba razón de nada”. Los pobladores de las veredas bajaron y se concentraron en el pueblo, dispuestos a cuidarlo. “Pero, ¿cómo se cuidaba? Vuelvo y repito, era una situación similar a la de otros pueblos de donde salimos a la berrionda y a la huyenda, los pies en polvorosa. No había armas para defenderse”.

Desaparecieron los doce policías que había en Ceilán, para sorpresa de los habitantes. Algunos decían que los agentes habían salido a una diligencia, que regresarían en la tarde o a la noche, o en la madrugada. Los más avisados pensaban: “Claro, de todas maneras los *pájaros* van a llegarnos y la policía no va a enfrentarse con ellos, porque son de la misma fuerza oficial”. “Los refugiados de La Primavera contamos cómo fue la experiencia que vivimos. Era inminente el ataque...” A las nueve de la mañana una pequeña avioneta sobrevoló el pueblo, lanzando miles de hojas volantes. Parado ante una de las bancas del parque, Ángel Marín, el tío de Pedro Antonio, fue leyendo pausado y salivando el contenido de la hoja: que los moradores de Ceilán estuvieran tranquilos, que no les iba a suceder nada, que las bandas de *pájaros* se retiraban porque sólo venían persiguiendo a los *nueveabrileños*, asesinos de conservadores; pero ellos habían comprobado que los *nueveabrileños* no estaban en la zona. Se batieron palmas y la alegría alzó el vuelo. En la tarde llovieron nuevos volantes desde el cielo. Se decía que se había llegado a un acuerdo con la dirección liberal de Cali en el sentido de que no habría ninguna agresión militar contra Ceilán, que la fuerza armada desaparecería de la zona, que incluso el ministro de gobierno intervendría directamente en el conflicto. Ahora la alegría fue total, hubo sollozos, gritos, risas.

Las hojas anunciaban el retiro de las bandas de la zona en las próximas veinticuatro horas. Salió una comisión a explorar y, en efecto, no avistó hombres, aunque sí huellas de un campamento que había sido levantado. En el pueblo esa noche se dormía apaciblemente. “Entraron por tres

partes, por la calle central, por la margen de una quebrada, que abastecía de agua a Ceilán, y entraron por otro lado, no recuerdo el nombre, en la dirección de la vía de Tuluá. *Lamparilla* riendo con su diente de oro, *Chimbilá* sediento de sangre, *Pájaro Azul* con su mueca de odio en los labios. Echaron bala desde el matadero; se juntaron en grupos grandes por las calles dando plomo, disparando a las casas”. Con cigarrillos y tabacos y mucha maestría prendían los tacos de dinamita y los lanzaban contra los techos, y la explosión conmovía la tierra como herida de muerte. “A las once de la noche se inició la toma y a las tres de la mañana terminaron de ocupar el pueblo; a las tres de la tarde del otro día cesaba el fuego en el cementerio”. Durante todo ese tiempo no cesaron de disparar “embriagados como en una fiesta de cantina”. A las siete de la mañana habían llegado los camiones para el saqueo de almacenes, casas, baúles. Los camiones hicieron muchos viajes a Tuluá, de ida y vuelta. Acabado el saqueo, los asaltantes, en grupos de dos y tres hombres, “regaron gasolina por las calles del pueblo, en las puertas y en los zócalos, también en los techos, y produjeron un incendio de por lo menos dos kilómetros de largo”. Por el terror, el pueblo se desocupó de prisa como si un viento huracanado se hubiera llevado a los hombres; la gente huía a grandes zancadas sin tiempo para mirar atrás, en una interminable caravana sin destino preciso. En las últimas casas, bien arriba del pueblo, en la cuadra de la zona de tolerancia, cincuenta mujeres corrieron como ánimas solas con sus desnudeces al aire, llevando en las manos a los santos de su devoción, pasaron junto al cementerio y se perdieron rumbo a la salida de Sevilla. Al final del día siguiente, por los cafetales y los montes cercanos apareció una jauría de perros hambrientos que entablaron otra guerra para arrastrar y comerse los cadáveres.

Pedro Antonio Marín Vélez tuvo que emprender una nueva carrera en ese atormentado amanecer. “Es que ya son varias las carreras en esta vida. Ahí en Ceilán me gané una carrera tremenda”. Entre agosto y noviembre de 1949 había sufrido un profundo cambio personal por la experiencia de su propio pánico conjugado con el pánico de los pueblos de Betania, La Tulia, La Primavera y ahora Ceilán. Ceilán desapareció esa noche y esa madrugada e iba a desaparecer todavía dos veces más, tiempo después. “Ya ahí sí me puse a pensar distinto. Dije: esta situación está muy complicada, parece que todo cambió de carácter, entonces hay que buscar una solución. Si nos quedamos así nos van a matar a todos. El cuerpo ya no resiste más humillaciones”.

V

Pedro Antonio marín se esconde solitario en la montaña – Una guerrilla de primos – Otros grupos familiares se suman a la guerrilla – Instructores que pelearon en la Guerra de los Mil Días – Plan inicial: matar conservadores violentos

Antes de encontrar la manera de hacer la guerra, Pedro Antonio Marín estuvo seis meses oculto en la montaña. Huyendo de Ceilán, llegó a la finca El Carmen, de propiedad de su tío Manuel, en la vereda de los Trópicos. Pensó, sin embargo, que por seguridad no debía quedarse en la casa, así que se fue a un sitio escondido y construyó una casita de paja. “Quedé bien acomodadito y con una cocina bien cubierta; el humo no se veía con facilidad desde las veredas”.

—Esta situación está muy verraca –le dijo un día el tío—. Ya están llegando los conservadores de El Águila, de Ansermavieja y Ansermanueva, y los están aprovisionando y llevando a fincas y haciendas abandonadas por los liberales. Se las están escriturando como si fueran de ellos. Dicen que ese fue el compromiso que hizo el gobierno con todos los que adelantaron esta política de terror. En la finca de mi hermano Ángel hay tres conservadores posesionados. El uno se adueñó de Rosas Blancas, el otro de El Jardín, y el otro de La Florida. Llegan así no más con mayordomo y van apareciendo en público como dueños, y con el tiempo no sólo creen sino que ya son los dueños de verdad. –Le contó que eso estaba sucediendo por Betania, La Tulia, La Primavera; que los títulos de propiedad estaban siendo legalizados apresuradamente en los juzados, especialmente en los de Tuluá. “Es una forma de pago para esa gente por los servicios prestados al conservatismo”, dijo el tío Manuel.

Un día llegó el tío Manuel a la choza, entró sin dar el grito acordado como señal y le dijo emocionado:

—En Génova están todos los primos esperándolo a usted. Inclusive los hijos de mi hermano, los más grandes lo están esperando a usted, concentrados en algún sitio. Lo están esperando porque dicen que lo van a nombrar de jefe.

—¿Cómo, jefe de qué?

—Ellos están pensando levantarse en lucha a como dé lugar, contra los conservadores.

—Pues yo tengo esperanzas en ellos. Yo ya he hablado con ellos y pensamos que hay que defenderse. Cómo vamos a seguir dejándonos matar por ahí en las calles, en las veredas, en estos montes. Trate de indagar con ellos cómo y dónde logramos conseguir algunas armas, a ver quién tiene armas en las veredas, quién de los tíos conserva armas de cacería, porque vamos a levantarnos.

Pedro Antonio Marín, con apenas 19 años, se decidió a guerrear. El tío Manuel le dijo que había veinte muchachos esperándolo, pero él pensaba inquieto: “Buena la razón que trae el tío Manuel de los veinte muchachos. ¿Pero, qué, si no hay armas? Tanta gente que había en El Dovio, y vea las que pasaron; después en Betania, y les llegó la huida; luego en La Primavera, y la carrera fue grandecita, y ahora en Ceilán se desplomó el pueblo en su indefensión. Yo me di cuenta de que todo fue y sigue siendo un problema de armas. Uno se decía: si las gentes que habitaban tal pueblo hubieran tenido armas, con seguridad que no entran los *pájaros*. No había armas, sólo machetes... La indefensión en el hombre sólo deja lágrimas perdidas y no se puede vivir eternamente del llanto”.

Seis meses había estado escondido en esa montaña, solo en una choza, visitado cada ocho días por su tío Manuel, que le llevaba provisiones. Se despidió del tío con un fuerte abrazo, caminó dos días y medio evitando el encuentro con las autoridades, y salió a la carretera hacia Sevilla y Armenia. Se montó en un bus de línea. “Situación demasiado grave en Sevilla. A los liberales los mataban como moscas en el pueblo. Se mantenían encerrados bajo llave. En carro pasé a Caicedonia; paró el bus y se veían gentes con revólveres terciados, con unos terribles sombreros sobre sus cabezas como si todos fueran ganaderos. Eso lo miraban a uno todo extraño, lo rodeaban como oliéndole el semblante político. Hombres que habían desarrollado con rapidez el olfato. Ya Caicedonia era un nido de pájaros propiamente, nido de camada de los *Lamparillas*, de los *Pájaros Azules*... Esa noche llegué por fortuna a Génova”.

Así describe su llegada el tío de Génova: “Del Valle, Pedro Antonio regresó todo cambiado. Allá lo dañó mi hermano Manuel, que lo escondió por seis meses en el monte. Lo volvió malo o lo volvió bueno, yo no sé. En esos años se le decía malo al hombre que dejaba la huida para defender la vida, y él dejó la huida. Se volvió malo o se volvió bueno por hacer algo distinto, por dejar de ser presa fácil como hombre perseguido. El muchacho regresó todo cambiado, ahora hablaba, soltaba sus palabras. Regresó hecho un hombre, ya sin temores, sin nada que esconder debajo del sombrero y la ruana... Después de tomar aguapanela, comió algo a la ligera, me preguntó por los primos, yo le dije: están en los cafetales, no

pueden salir al sol los muchachos. Me preguntó acelerado de espíritu: ¿en el campo qué sucede? Yo le dije: en el campo está la policía en su oficio, matando gente. Cogen a cuatro o cinco liberales, dicen que son ladrones de vacas y los matan sin compasión por el camino. Sin cara de culpa ni remordimientos dicen que se iban a fugar y que tuvieron que disparar, y no por ser ellos liberales sino por ladrones comevacas. Es la orden del alcalde de Génova de no llevar a ningún liberal vivo a la cárcel, porque tienen que darles libertad, largarlos por falta de pruebas”.

En la casa de una de las tías, la tía Rosa, con absoluto sigilo se reunieron con Pedro Antonio Marín doce primos. A la luz de una vela acordaron salirse a una vereda que daba más seguridades y planificar la forma de conseguir armas. Otros primos vinieron a juntárseles, “todos Marín”, que fluctuaban entre los quince y los veinte años. Después, a los Marín se unieron algunos Ávila, Modesto con sus hijos adolescentes. Luego se reunieron con los González de San Juan, que estaban en el monte bien encaletados. “Nosotros nos quedamos en la vereda, resguardados, no salíamos sino en la noche a las casas, en el día estábamos metidos debajo de los cafetales. Organizamos un grupo de muchachos, los más pollos, para que salieran a hablar con los amigos en nombre de nosotros. ¿Tiene usted un revólver para la causa? ¿Cuenta con una carabina? Se reunieron veinticinco armas, entre revólveres, pistolas, escopetas; no había armas de valor cuando decidimos levantarnos con los primos”.

“Luego, ¿dónde vamos a hacer los entrenamientos? Ah, que el amigo es un guerrero de la Guerra de los Mil Días. Bueno, a comenzar... Generalmente, los instructores eran personas que vivieron la Guerra de los Mil Días, liberales de setenta años o más, a quienes les pedíamos que nos enseñaran cómo era la cuestión de la guerra en esa época. Pero, en realidad, esa guerra ya andaba en los cincuenta años, y cincuenta años es una carga pesada, y más en una cuestión como la militar que necesita un conocimiento actual y presente. Existía una gran distancia entre la Guerra de los Mil Días y los años 49-50. Un salto enorme. ¡Medio siglo! Esos hombres nos enseñaron la voluntad para hacer la guerra; convencidos nos dijeron que no había que temerle a la guerra; hombres de una sola pieza regresando a sus recuerdos. Después aparecieron los jóvenes recién salidos del ejército y con ellos aprendimos la milicia chilena. Todo improvisado, menos la decisión de no dejarnos acribillar por ahí amarrados”.

Hicieron prácticas de polígono en un punto llamado La Argentina, intermedio entre el San Juan y el río Gris. “Allá nos íbamos a echar bala, a quién apuntaba mejor, bajo la vigilancia de los reservistas. Ellos indicaban cómo había que manejar el revólver, la pistola, la carabina, el

fusil. Para ser un buen tirador hay que meterle el alma a las prácticas, disciplina como la que se tiene para comer todos los días, constancia para medir la dirección del disparo y corregir los errores del pulso. No es cosa tan sencilla”. Aprendieron la milicia a patio cerrado, las andanzas nocturnas, las marchas diurnas. Eran veinticinco hombres, incluyendo a los primos. “Corrió el rumor de nuestra existencia y pronto llegaron otros muchachos dispuestos a la pelea. En poco tiempo conformamos un núcleo de cincuenta hombres, pero pobremente armados. Sólo existía una forma de conseguir armas: quitárselas a los conservadores”. El ajusticiamiento de bandidos, tal fue el plan inicial. Justicia con mano propia, el pago con la misma moneda, ubicarlos, llegarles, desencuevarlos, rastrearlos, perseguirlos, no darles respiración, aniquilarlos; ver patéticamente la muerte en sus rostros, en sus gestos de agonía. Ante todo, había que renunciar por completo a buscar la protección de los representantes de la ley. Los bandidos y la ley eran la misma cosa, tenían la misma forma sádica de actuar y los mismos propósitos. La ley se había salido de los cauces de toda legalidad.

“Al primero que ajusticiamos fue a Miguel H. Pareja, jefe *pájaro* de la región, ordenador de muchas muertes, sectario conservador, juez de Génova que aplicaba con saña y odio el veredicto en beneficio de sus intereses sectarios. Y seguimos ajusticiando bandidos por campos y veredas. Al que encontrábamos le íbamos dando y así comenzamos a formar nuestra propia organización armada”. Los perseguidores se convirtieron en perseguidos, ahora eran hombres temblorosos. “En ese primer empuje de ajusticiamientos, pues tumbamos, hasta donde yo me di cuenta, por ahí unos veinticinco. Trabajadores como nosotros, pero corrompidos en su sed de violentos; conservadores de las veredas, dueños de fincas, dueños de vacas y caballos, con pequeños patrimonios, la misma capa de hombres que nosotros. Pero eso no fue un producto que surgió por nuestra culpa, fue algo a que nos vimos arrastrados por la situación...”.

VI

Pedro Antonio Marín, jefe de guerrilla – Apoyo de la población liberal – Primera emboscada al ejército – 7 de agosto de 1950: golpe de estado que no fue – Derrota en Génova y desintegración del grupo

Cuando se fundó el grupo no se eligieron dirigentes, pero todos muy pronto empezaron a ver un jefe en Pedro Antonio Marín, a seguir sus iniciativas como si fueran órdenes. Surgió en él, sin que se lo propusiera, el don natural de mando.

El área de la “acción de limpieza” o “ajusticiamiento” de conservadores violentos se fue extendiendo por los lados de Cumbarco, Génova, Cumaral, San Juan, por las márgenes del río Gris, por La Maizena, Pedregales, por la vereda de El Dorado, por Barragán, arriba de los límites de Roncesvalles. “Nosotros no llamábamos guerrilla a la agrupación, no sabíamos qué era una guerrilla. Nos unimos un grupo de parientes y amigos y andábamos por el monte, y en el sitio al que llegábamos les pedíamos colaboración a los liberales, y nunca la negaron. Les decíamos: Bueno, nosotros ya estamos decididos a comenzar la lucha armada. Respondían: Eso está bien, creemos que es lo mejor que pueden hacer, muchachos... ¿Cómo se llama el movimiento armado? Contestábamos: No, no le hemos encontrado nombre, es un movimiento liberal de respuesta a los crímenes que están cometiendo los conservadores contra los liberales. Y en verdad, no eran honduras: simple, muy simple era nuestro modo de pensar”.

Se vislumbraba una real compenetración entre la masa indefensa y los muchachos enmontados, era una fusión de sentimientos. “Denos comida, apóyenos, denos albergue en los cafetales, en la finca; que sí, naturalmente, que cómo no, con mucho gusto, estamos aquí para servirles... ¿Qué planes tienen? ¿Qué dicen los Lleras, los López? Nada, silenciados... ¿Qué dice la dirección liberal departamental? Nada en absoluto, dejaron de abrir la boca, la sellaron de pensamientos, dejaron de pensar por miedo físico... Esa gente está perdida en la bruma de la legalidad de las ciudades”. La masa liberal estaba huérfana de dirección política; quien tomara una decisión a nivel local lo hacía de manera aislada y corriendo los riesgos. “Era un desconcierto podrido en uno. Por ahí se encontraba a alguien con el cuento de que un sector del ejército era liberal, que el ejército se iba a insubordinar contra el gobierno conservador porque había oficia-

les, porque había coroneles, porque había capitanes y tenientes y sargentos que pensaban como nosotros. Ilusiones filtrándose en el monte, ilusiones sembradas en la cabeza”.

Pedro Antonio Marín mantenía entonces la aspiración de “volver al Valle, volver por esos territorios perdidos... pero, ¿cómo regresar? ¿qué nos pasará en ese regreso a los territorios de donde un día salimos a las corriendas?” Entre tanto, seguían ajusticiando conservadores a un ritmo vertiginoso. Muchas veces, en esa tarea, encontraron conservadores que eran liberales volteados. Tristes, con el documento en la mano, se sinceraban ante el grupo: “Es cierto, yo tengo el documento, pero lo firmé para no dejarme matar aquí mismo parado sobre mis piernas. Lo hice y lo firmé para no tener que abandonar a mi mujer y a mis hijos, pero les juro por el honor de hombre que no soy godo ni en el pensar ni en el actuar”. Se les veía al rompe el alma de liberales, en los ojos llorosos. “Yo firmé esa vaina para no perder mi finca, ¿para dónde cogía, me lo pueden decir ustedes? Qué tal si no lo hago, ahora no estarían hablando conmigo. Se hubieran topetado por azar con una cruz mal enterrada”. Los hombres que así hablaban volvían a guardarse en el bolsillo el documento que era su seguro de vida, doblando con cuidado el papel, y daban las informaciones que pudieran.

El grupo tuvo que crear una red de información para conocer quiénes de los que pasaban por conservadores eran liberales que se habían volteado sólo por salvar la vida; también, para saber quiénes eran los auxiliadores de los *pájaros*, qué casas frecuentaban con asiduidad, con qué mujeres mantenían relaciones; en fin, si la hija de un conservador violento era simpatizante de sus actividades, si tal otra era la mujer o la moza, a esas mujeres el grupo las castigaba. Respetaban en cambio a los conservadores que no eran violentos ni sectarios. Era fácil reconocerlos, por los compadrazgos. “El hecho de que en una región habitaran cuatro o cinco conservadores con ocho o diez compadres liberales, y esos compadres conservadores se opusieran, muchas veces arriesgándose, a que los *pájaros* conservadores mataran a sus compadres liberales, resultaba indicativo de que no todos los conservadores eran gente dañada”.

“La primera acción es una escaramuza que le hicimos a unos carabineros por los lados de Cumbarco. No fue un combate en un amplio sentido militar. Ellos vienen a caballo, sin alterarse en los nervios, cuidando poco la vida porque no estaban acostumbrados a sufrir los calambres de una emboscada. Es que nadie les ponía malos ojos, nadie se atrevía. Nuestro grupo estaba diseminado, en sus sitios, todos confundidos con la maleza y el monte; les disparamos, los bajamos, y dejaron la vida sin tiempo en la agonía para gritar. Los caballos relinchaban por el susto. Ellos venían en busca nuestra

precisamente para jodernos. La información nos llegó a la cabeza, nos ocultamos en buen terreno y los emboscamos. Era un éxito, palabras mayores. ¡Imagínese, nosotros con cuatro fusiles y tres revólveres!”

Se inició para ellos otro proceso. Ya el asunto no era ajusticiar conservadores y pájaros. Ahora, a sus talones, tenían a la policía y al ejército, y con ellos hubo varias “pisas de plomo”. El bautismo fue en un punto llamado La Rumbadora, Génova arriba, en los cafetales, contra tropas enviadas desde Manizales. “Nos replegamos en un punto llamado Cedrales, hasta donde nos persiguieron el ejército y la policía, pero pudimos escapar hacia el páramo Pijao. Con base en el páramo incursionamos sobre Santa Helena, le caímos a un retén de pájaros que logramos sorprender medio dormidos. Les quitamos algunas carabinas, revólveres y escopetas, además de ocho mil pesos en efectivo. Después proseguimos nuestra ruta a Pijao, siempre atacando a pájaros y policías”.

El partido liberal, “que tan ligero había abandonado a su gente” dejándola sin ninguna orientación en medio de la persecución oficial, comenzó a crearles ilusiones a sus seguidores. “Nos hicieron saber de esas ilusiones a los enmontados... Y cómo no, eso lo creíamos como una cuestión esencial y definitiva, y nos enteramos, según rumores –porque nosotros no teníamos ni podíamos tener ningún contacto directo con ningún jefe liberal para aclarar la cuestión–, que un sector del ejército iba a dar un golpe de Estado el 7 de agosto de 1950 por no estar de acuerdo con lo que venía sucediendo en el país, y que la orientación oficial del liberalismo era que ese día debía impedirse de cualquier manera la posesión del presidente Laureano Gómez”. Pedro Antonio Marín, entonces, resolvió planear una acción. Se trataba de tomarse a Génova, su pueblo, el 7 de agosto, día del proyectado golpe, porque eso correspondía a la “orientación del partido liberal”, cuya voz, aunque sólo fuera en forma de un rumor, al fin les había llegado. “Reunimos a unos ochenta hombres, unos con machetes, otros con escopetas, y dijimos plenos de confianza: le caemos al pueblo, eso no tiene vuelta en el cerebro...”. El 6 de agosto Pedro Antonio Marín y sus hombres llegaron a las proximidades de Génova y mataron a los conservadores de una vereda. La policía de Génova recibió noticias de que el grupo había estado sobre las márgenes del río San Juan ajusticiando conservadores y de inmediato se puso al habla por radio con Manizales, y en horas recibió refuerzos. El 7 de agosto, a las cuatro de la mañana, comenzó la pelea con los uniformados. “Eran las ocho de la mañana y seguíamos al rompe echándonos plomo con ellos, sin poder cumplir con los deseos calientes que uno se cargaba de copar el pueblo”. A las once de la mañana Pedro Antonio Marín ordenó la retirada rumbo a Cumbarco. Once liberales habían sido muertos –dos de

ellos parientes de Pedro Antonio Marín—, y el grupo fue abandonado por muchos liberales que lo habían acompañado en el fallido asalto. La policía persiguió al grupo acosándolo por las márgenes del río San Juan, y de paso “disparando a larga distancia a las casas situadas en las riberas, humillando, dando física madera a los pobladores”. Entre tanto, Laureano se había posesionado como presidente, dentro de una tensa normalidad.

Pedro Antonio Marín cruzó con su grupo hasta El Dorado, área donde había estado la finca de sus padres. Ahora el ejército y la policía patrullan los campos guiados por los *pájaros*, pero éstos se niegan a ir en la vanguardia por temor al encuentro con el grupo en armas. La guerrilla opera en un radio de acción muy limitado. “Esa fue la primera etapa de la lucha, puede decirse. Con el duro golpe recibido en Génova y con la pérdida paulatina de las esperanzas en el partido liberal, el grupo se fue desintegrando. En poco tiempo quedamos unos diez combatientes”. Intentaron realizar algunas acciones, pero la desmoralización de la población hizo estragos en el grupo, que se encontró por completo aislado. Decidieron marchar hacia el Tolima en grupitos de dos o tres hombres. “Mandamos a buscar al resto de familia que merodeaba por los territorios del Sur del Tolima: los Loayza, y nos pusimos en comunicación con ellos. Nos enviaron noticias diciendo que se estaban organizando, les planteamos unirnos trasladándonos de Caldas hacia el Sur del Tolima para formar una fuerza más grande; unirnos por medio de contactos personales, de amigos, de cartas, y así encontrarnos un día en el Sur del Tolima para resistir”.

VII

Los Loayza y los Marín fundan las guerrillas del Sur del Tolima – Primera guerra sin caudillos nacionales – La guerrilla crece con los desplazados – Historia del militar que se pasó a las guerrillas

Dos clanes familiares emparentados se reúnen en el Sur del Tolima: los Marín y los Loayza, ambos con memorias generacionales de la Guerra de los Mil Días, memorias que constituyen un legado por continuidad sanguínea, por continuidad histórica. Venidos del Viejo Caldas, hijos y nietos de colonos, hablan de las posibilidades de defenderse en un territorio

propicio para la guerra, utilizando sus recientes experiencias: las acciones en el Quindío de Pedro Antonio Marín y el primo Alfonso, conocido como *Metrala*, que ahora lo acompaña; y las escaramuzas en el Sur del Tolima del viejo Gerardo Loayza y sus hijos *Veneno*, *Tarzán*, *Agarre*, *Calvario* –los dos últimos temibles con las armas. Gerardo y Pedro Antonio son primos en segundo grado.

La del Tolima era una geografía con una historia de guerrillas, un escenario ideal para sus proyectos de resistencia: epicentro de conflictos agrarios, entrada y salida hacia la Cordillera Central, camino indispensable hacia Caldas, Valle, Huila, el Cauca; lugar de confluencia de los ríos humanos que generó la colonización antioqueña.

Esta vez, sin embargo, cuando los Marín y los Loayza parlamentaban en el Sur del Tolima, se estaba rompiendo una tradición histórica, ya que hacían sus planes sin seguir las órdenes y sin tener el respaldo de los jefes políticos nacionales, quienes, en el pasado, eran los que convocaban al país para dirimir por la guerra los conflictos sociales y políticos. Por costumbre, la orden de combate venía desde arriba, escrita y firmada en proclamas incendiarias por los jefes de uno y otro partido político. Ahora la iniciativa –aunque sólo fuera en respuesta a la guerra desatada por el Estado sobre una parte de la población– partía de los de abajo, de campesinos acosados que no tenían tiempo para esperar que los dirigentes de Bogotá vinieran, como habían hecho en pasadas guerras, a asumir el mando como terratenientes-políticos-generales, ansiosos de prestigio y poder. Con ese encuentro entre los Marín y los Loayza, con esa conversación de hombres del pueblo, así como con otras conversaciones similares en otras regiones del país, comenzaría la historia de las guerrillas de los años cincuenta. “Al concentrarnos los dos grupos, se resolvía una cuestión más clara, en relación con hacerle pelea al ejército, a la policía y a los *pájaros* que continuaban pistoleteando a la gente”.

Decidieron crear una dirección del movimiento, pero siguieron esperando la orientación de la Dirección Nacional Liberal. “Queríamos una orientación de qué hacer con motivo de la represión, no una orientación en el plano militar, la organización militar ya se estaba gestando. Queríamos que nos dijeran que nos iban a ayudar con un poco de sus luces, no se pedía más. Pero resulta que se seguía hablando en el tono anterior: que existía un sector del ejército y la policía partidario del liberalismo, dispuesto a participar en un golpe militar contra el gobierno; que al producirse el golpe, los generales, los coroneles, los capitanes permitirían el regreso del liberalismo al poder”. Lo que llegaba a la montaña eran sólo especulaciones, rumores. No llegaba la prensa, la radio estaba censurada. “Nos sentíamos aturdidos con algo que abrumba y aturde el entendimiento del hombre: el aislamiento. No dejarnos

matar amarrados, no dejarnos coger presos para que nos llevaran con vida hasta el río: no era otra la orientación que surgía de nosotros”.

La primera acción del nuevo grupo fue en cercanías de La Gallera, en un lugar conocido como La Profunda, en el Sur del Tolima. Obtuvieron la información de que en el sitio había un retén de cincuenta conservadores, bien provistos de armas de fuego, un arsenal grandísimo. Supieron por labores de inteligencia que los hombres se levantaban puntuales a las cinco de la mañana e iban a hacer sus necesidades matinales y bañarse en una quebrada a ochenta metros de la casa, dejando las armas colgadas en clavos en los dormitorios, tan grande era su confianza. “Nos les fuimos acercando, cuidando las pisadas para evitar el escándalo; engatillados nos pusimos cerca de la casa, a la espera entre lo oscuro y lo claro del día, bien guarnecidos. A las cinco de la mañana, cómo no, escuchamos la bulla de aquellos hombres confiados en la vida, riéndose de chistes verdes, y se fueron para el chorro de agua. Entonces, a esa hora, caímos nosotros en la casa... La mayoría de los nuestros eran macheteros dispuestos a cortar lo que encontraran de camino. Con los tiros y la sorpresa y el estruendo feroz de una granada de fabricación casera, sin posibilidad de responder al fuego y cerradas las vías de comunicación con la casa, huyeron atropellando el miedo... No había arriba de dieciocho armas y no muy buenas. El cuento de la inteligencia era que había un arsenal grandísimo...”. De todos modos, consideraron la acción como un gran éxito.

La población de los enmontados fue creciendo con las procesiones de familias desplazadas que venían del Valle, de Caldas, del Huila, pensando que por lo menos en la guerrilla tendrían alguna seguridad para poder respirar. Mientras los jóvenes engrosaban las filas de combatientes, las familias se aglomeraban y fue necesario levantar pueblos improvisados para unos días o para meses o para la eternidad. La masa de enmontados llegó a parecerse a la selva, “adquirió su mismo semblante, ya la ropa de la gente era como tela de montaña; un hombre, una mujer o un niño parado se confundían con un delgado árbol”. Se cambió la palabra por señales con las manos, por sonidos que imitaban el canto de las aves. Un tronco caído hacia la izquierda en la boca del monte significaba “estamos monte adentro”. Nada de prender candela en el día, el llanto de un niño debía acallarse con el pezón de la madre. La población de los enmontados se mantenía alerta, sentada y acurrucada, yerta de frío, con la desesperanza aguda en los ojos. La población errante llegó a ser la compañera fiel de la guerrilla. Surgieron pueblos en la trashumancia.

Teniendo por base La Ocasión, que estaba bajo el mando del viejo Gerardo Loayza, la guerrilla atacó varias zonas conservadoras, cogiendo algunas armas; los policías de Planada ofrecieron resistencia, “tres o cuatro o quizás

cinco, y murieron, claro está”. El ejército desató la represión en Rioblanco, Santiago Pérez, La Herrera, Bilbao; “cincuenta hombres del ejército, eso daba espanto para uno todavía novicio en las artes de la guerra”. En La Paloma los guerrilleros hablaron con un grupo de liberales y éstos, por temor, los delataron; la policía de Gaitania vino en persecución. Esas primeras acciones eran, en general, de poca monta, pero tenían su valor: “Cuando los conservadores nos veían llegar, nos corrían, ya sentían miedo; al sentir miedo dejaron la prepotencia, podían ser muertos, ¿me entiende?”

Los guerrilleros vivían en ranchos, sembraban plátanos, molían caña, y cuando los jefes los convocaban para alistarse, de inmediato se preparaban: a matar marrano, a sacrificar la gallina para el fiambre. Que vamos a atacar a los conservadores de Casaverde, a los conservadores del Valle, que ahora nos dirigimos a Chaparral... “El botín de guerra se distribuía individualmente. A un guerrillero le tocaba una camisa, al otro un pantalón, al otro una escopeta. Las armas se convertían en propiedad individual”.

Las autoridades establecieron el más implacable bloqueo económico sobre enormes territorios productores de panela, cacao, ganado, cerdos, lecho, quesos. Lo que se movía en muladas era, por ley, decomisado. Se controlaba la circulación de personas para neutralizar a los auxiliares de la guerrilla. Al liberal que saliera de los pueblos lo metían a la cárcel y por la noche lo desaparecían. “Sólo los liberales ocultos de pensamiento, callados y en silencio, con el salvoconducto, compraban remesas para aportarnos algo a los que vivíamos enmontados”.

A pesar de los múltiples obstáculos, el área de influencia de la guerrilla se fue expandiendo, porque la noticia de su existencia atravesaba cualquier montaña. Los ánimos se elevaron cuando llegaron noticias de luchas de guerrilla en los Llanos. “Revueltos con nosotros estaban los dueños de ganado, dueños de fincas, dueños de pequeños negocios. La situación era igual para todos. Así se distribuía el hambre en esos territorios, bajo la dirección de los Loayza... Yo ya hacía parte un poco de las decisiones de la dirección”. Copan a Gaitania, los conservadores huyen dejando sus bienes, sus enseres. Población y territorio abandonados van siendo ocupados por los liberales. Cuando venía la represión, ocurría lo contrario. Un tira y encoge en esa tierra arrasada. La influencia guerrillera liberal penetra hasta San Luis, Praga, Aipe y El Carmen, en el Huila. Los conservadores, huyendo, se reducen a las poblaciones de Santa María y Palermo. La población se vuelca sobre la Cordillera Central. “Eso quiere decir que se fortalecía una inmensa concentración de liberales en guerra. La humanidad vivía apegada a la esperanza del regreso al territorio dejado en la huida; volver para recoger lo que había quedado de la vida en la trocha o en los caminos... añorando lo que fue”.

Por el camino hacia La Verbena, zona de los Loayza, apareció un día un joven teniente del ejército con veinte soldados bajo su mando. Había atravesado los Llanos para adentrarse en territorio tolimense y sumarse a las guerrillas liberales. Seiscientas personas le dieron la bienvenida en La Verbena, y entre vítores y aguardiente pronunció un discurso en que dijo que, al sumarse a la guerrilla, era fiel al legado de su padre, un viejo liberal radical; que él y sus hombres estaban hastiados con la situación invivible de tener que cumplir órdenes criminales en el ejército. El teniente y sus hombres se compenetraron con la población al punto de andar desarmados, sin cartucheras en la cintura, congeniando en amoríos con las muchachas. Organizaron prácticas militares y acabaron ideando un plan para atacar la zona que la gente más odiara, que resultó ser Rioblanco, centro de la provocación conservadora, el más importante objetivo militar ambicionado por los Loayza. Con el armamento traído por los militares pasados a la guerrilla, el éxito era seguro. “Entrar a Rioblanco con los veinticinco fusiles del teniente y sus soldados y con las armas que la guerrilla y la población aportarían, era mamey”. Se acordó que el viejo Loayza sería alcalde de la población tomada. Cerca de cuatrocientos pobladores y guerrilleros mal armados acompañaron al teniente en la empresa sobre Rioblanco. Al aproximarse al pueblo les dijo a los acompañantes que las armas rudimentarias que traían más que favorecer le restarían autoridad a la presencia de la tropa, que con los uniformes del ejército y su armamento bastaba, que él obligaría a la policía acantonada en el pueblo a rendirse. Sumisos, cargaron en mulas y caballos las armas encubiertas, y siguieron a pie, dejando que la tropa se adelantara. Pueblo solitario, soledad y silencio total a la caída de la tarde. De pronto se abrieron las puertas de las casas y por las ventanas aparecieron las boquillas de los fusiles: ¡Alto! El que daba las órdenes era el simpático teniente que había entrado antes y que ahora aparecía cambiado, con voz áspera y brutal. Detuvieron a más de trescientos, y el teniente fue señalando a los principales dirigentes de La Verbena, y los fusilaron en un solo montón en el pueblo. Sólo sobrevivieron unos pocos que olieron la situación y escaparon de la encerrona por los solares vecinos. El viejo Loayza se salvó porque había decidido aplazar unos días su llegada a Rioblanco a asumir el cargo de alcalde.

Después del golpe de Rioblanco se desató una gran ofensiva militar y los Loayza y Pedro Antonio Marín y su grupo volvieron a la escondida. Ya nadie –momentáneamente– volvió a creer que los tenientes y los capitanes del ejército desertarían un día para pasarse a las filas guerrilleras. Se generó asimismo una enorme desconfianza sobre las ilusiones y rumores de un golpe militar contra los conservadores. Escarmiento en sangre, la ilusión desollada en sangre.

VIII

Isidro Yosa: de las luchas campesinas de los años treinta a las guerrillas de los cincuenta – La Columna de Marcha – Guerrilleros liberales y comunistas se alían en el Sur del Tolima – Los comunistas se expanden – Las guerrillas resisten una vasta operación militar

De las luchas por la tierra en los años treinta, luchas que fueron estimuladas por las leyes del gobierno de López favorables al campesinado, y de los conflictos legales entre latifundistas y colonos en los años cuarenta, surgió la figura del líder popular Isauro Yosa, conocido como el Mayor Líster —seudónimo adoptado por Yosa en homenaje a un general republicano de la guerra civil española. Él fue uno de los principales organizadores de las “tumbas” de montaña emprendidas por colonos de Cundinamarca y Tolima después de —en palabras de Yosa— “estudiar nosotros en unos folletos la conocida Ley 200, y viendo la inmensidad de tierras ociosas, sin el trabajo de la mano del hombre”.

En los conflictos legales relacionados con la aplicación de la ley los colonos llevaban a menudo las de perder. Las escrituras a favor de colonos que, por ejemplo, el Ministerio de Gobierno bajo Echandía reputaba legales, válidas para vender o comprar o pedir créditos, en municipios como Chaparral eran consideradas papeles muertos por el notario, el alcalde, la policía. De todos modos, muchos grandes propietarios no alcanzaban a denunciar ante las autoridades, dentro de los plazos estipulados por la ley, el establecimiento de colonos en sus latifundios, y así un gran número de ocupaciones quedaron legalizadas. Esa legalidad fue anulada a fines de los cuarenta con la llegada de las fuerzas de represión conservadoras —policías, militares y *pájaros*—, momento en que, dice Yosa, “volvimos al monte no a descubrir los sentimientos de buena tierra en la montaña sino a enmontarnos, a enguerrillararnos por la revancha que implantaron los señores del latifundio, cobrando las invasiones de tierras que les hicimos a sus haciendas en el 36”. Isidro Yosa iba a convertirse en el comandante militar de las guerrillas comunistas del Sur del Tolima. Dejando atrás la experiencia de las autodefensas campesinas, o llevando más lejos esa experiencia, se crearon tres comandos en torno a Chaparral —en Chicalá, Horizontes e Irco—, que fueron los tres primeros comandos guerrilleros organizados a finales del 49 y comienzos del 50. Estaban mal armados; sus armas eran

escopetas de fisto y armas cortas, también “grases” recortados originarios de la Guerra de los Mil Días que campesinos precavidos guardaban de generación en generación y que ahora fueron puestos al servicio de los comandos. Durante casi un mes, acompañados de población civil, los tres comandos marcharon por caminos de la Cordillera Central que promediaban los 2.000 metros de altura. El propósito era dar la batalla contra el régimen tomando el Sur del Tolima como base de operaciones. Baltazar, uno de los iniciadores de la guerrilla comunista, cuenta el origen y la gesta de la Columna de Marcha:

“La represión fue muy dura a comienzos de los cincuenta. La policía y los grupos de civiles que acompañaban a la policía —la gente los calificaba de *sapos* o *pájaros*— eran unos ladrones. Por donde pasaban, iban quemando las casas, robándose todo, ejerciendo represalias contra la población civil, mujeres, niños, no les importaba la edad que tuvieran, entre menos resistencia opusieran, más se ensañaban y más reprimían. Entonces se discute en los comandos; algunos sacan la conclusión de que la población de esos sectores sufría la represión por la presencia de los grupos armados de los comandos; otros pensaban que gracias a la presencia de los comandos, por miedo a ellos, la policía no exterminaba a las familias. Los comandos habían perdido el carácter de autodefensa que tuvieron al comienzo; ahora, empujados por la represión, como los tigres que alistan las garras, se vuelven más ofensivos.

“Surge la idea de la Columna de Marcha, en primer término por los contactos que ya se tenía con la guerrilla de los Loayza, que estaban operando mucho más hacia el sur del departamento, a una distancia de tres o cuatro días de donde estaban nuestros comandos. Además, porque en la dirigencia de los tres comandos se creó la tendencia de no darle motivos al enemigo para ejercer represalias contra la población civil. Era como abandonar un poco el escenario, organizadamente, dejando a la población civil con sus consignas. Se había convocado la asamblea general con el personal civil y militar, buscando la aprobación de la gente. Por decisión mayoritaria se adoptó la determinación de abandonar la zona.

“Nosotros por esos días estábamos leyendo ‘El Caballero de la Esperanza’, libro de Jorge Amado, y veíamos cómo Prestes había durado tres o más años atravesando el territorio brasileño y combatiendo en las circunstancias más difíciles. Y un poco ingenuos pensamos que la experiencia se podía transplantar así de cruda a otro lugar. Es que teníamos que encontrar una salida. Esa situación la resolvimos dejando las familias; unas se fueron para el pueblo y otras hicieron lo contrario, se juntaron con la Columna de Marcha y por eso la Columna desde el comienzo se hizo grande. En el momento de iniciar la marcha eran más de cien personas.

“El soplo le llega a la policía y le llega al ejército, entonces ellos se van por el cañón del río Anamichú a tratar de cortar la dirección de la Columna; ya ellos saben que es una Columna de gente armada que va por la Cordillera a unirse al comando de los Loayza en el extremo sur del Tolima, y para el ejército eso era de extrema peligrosidad. Comenzaron a peinar el sector y no encontraron ni guerrilla ni rastros de guerrilla. Pero contrariamente a lo que se había pensado, que desapareciendo el motivo de la represión iría a cesar la represión, ésta arreció porque ya no encontraron resistencia en la zona. Comenzaron a quemar casas e hicieron muchas otras fechorías.

“En Irco, al unirse los tres comandos [que se habían separado durante la marcha para burlar a las fuerzas oficiales], ahí estaba la comisión de los Loayza esperándonos y se convoca una gran conferencia. Esa conferencia nosotros la denominábamos como la creación del Ejército Revolucionario de Liberación Nacional. Era mucho más grande el nombre de lo que realmente éramos nosotros. Más adelante se producen de camino por lo menos veinte escaramuzas. La columna se abrió paso a puro fuego limpio hasta llegar adonde los Loayza. El problema era la fuerza de masas que llevaba la Columna. Ya se acercaba a las 200 personas, con su vanguardia armada adelante. Los Loayza mandaron lo mejor de su gente, con sus mejores armas, al encuentro de la Columna, para respaldarla y defender su ingreso a la región. Ellos recibieron el peso fundamental de las acciones enemigas; hicieron lo posible para que la Columna pasara y la Columna pasó. Fue una gran fiesta cuando llegamos a El Davis”.

En una finca, cerca de la quebrada La Gallera, con mucha curiosidad mutua se encontraron las columnas comunistas que habían venido marchando por la cordillera y las guerrillas liberales del Sur del Tolima capitaneadas por el viejo Gerardo Loayza. Gerardo Loayza estaba acompañado de sus hijos *Puntofijo*, *Calvario* y *Veneno*, y de toda la comandancia. Los jefes de las tres columnas, ahora integrados en un solo comando, se confundieron en un abrazo jubiloso con Gerardo Loayza y sus hijos. En reuniones francas y extenuantes trataron asuntos de información, de intercambio de conocimientos militares, y finalmente convinieron unificar el Comando General del Sur con el Comando de la Columna.

Cuando los comunistas que vinieron en la Columna de Marcha se establecieron en la zona, Pedro Antonio Marín se encontraba en su comando allí cerca, con ciento cincuenta hombres bajo su mando. “Fue bien recibida por los liberales la presencia de los comunistas en el comando de la Ocasión”. La guerrilla comunista expandió rápidamente su influencia. Fundó un comando en Peña Rica, más arriba de donde estaba Pedro Antonio, “a una distancia de un día completo a pie, siempre andando ligero”. Fundó otro comando

en Bilbao. “Aunque al comienzo sólo eran sesenta hombres en armas, en poco tiempo fueron reforzados por otros hombres y se regaron con cierta facilidad en la región”. Establecieron nuevos comandos en El Cambrín, El Infierno, La Estrella y más tarde en Seúl. Desplegaron sus actividades hacia el Huila, realizaron acciones de tipo político-militar y económico, también de limpieza de conservadores. Fueron atacados por fuerzas del gobierno en San Miguel-Peña Rica, una ofensiva fuerte, pero supieron defenderse y las tropas oficiales salieron mal libradas.

Las operaciones militares se generalizan por todo el Sur del Tolima. Son más de mil hombres, pero las guerrillas liberales y comunistas los hostigan, los atacan en las ocasiones menos esperadas. “Son ataques fugaces, no son ataques de grandes proporciones; no había la posibilidad de prepararlos, no teníamos los armamentos adecuados”. Durante un mes angustioso ocurren centenares de combates en que son disparados algunos tiros a la tropa y se huye.

Con la información fidedigna de que, como parte de esa vasta operación militar, vendría sobre la población civil una acción punitiva, la gente desaparecía de todos los lugares; al llegar la tropa no encontraba sino ranchos sin alma y fogones encenizados. Familias enteras huían con sus críos en busca de refugio en las montañas. “La situación ya volviéndose como una cosa en serio, ya volviéndose un enfrentamiento en una vasta zona de gente civil contra tropas oficiales. La población se sostenía con lo que tenía a su disposición: el maíz, el frijol, los plátanos, la yuca y la caña”.

“Mil hombres era una cosa fantástica, asustante, porque mil hombres en comparación con cien o ciento cincuenta escopetas era una diferencia supremamente grande, como para sacarle la liebre al miedo; ellos bien armados, bien equipados y abastecidos, pues señor, la desproporción humana no podía medirse... Se consideró la resistencia como algo muy bien escrito sobre la tierra. Las agallas de vivir, las agallas para no perder la vida, fue un milagro de verdad. Uno de hombre de vez en cuando produce sus milagros, ¿cierto?”

Fue un momento cargado de gran significación: los guerrilleros liberales y comunistas estaban comprobando que podían defenderse de una fuerza claramente superior, aguantarla e inclusive atacarla. Ya no era la lucha contra policías acompañados de *pájaros*. Ahora lo que tenían en frente era al ejército, que comenzaba a ejercer su fuerza represiva en el Sur del Tolima, a ejercer un papel decisivo en el mantenimiento del régimen conservador.

Después de la vasta operación realizada, el ejército regresa a La Herrera, a Rioblanco y Chaparral, dejando en la más absoluta soledad el territorio invadido. De la montaña salen los vivos en hileras de familias a poblar de nuevo la tierra.

IX

Guerrillas liberales y comunistas realizan acciones conjuntas – Diferencias ante disciplina cuartelaria
– Las diferencias ideológicas se agudizan – Ataque del ejército restaura unidad en el seno de la guerrilla

El Estado Mayor Unificado, bajo cuyas órdenes estaban los combatientes liberales capitaneados por los Loayza y los comunistas que llegaron a El Davis con la Columna de Marcha, realizó varias acciones importantes. Entre ellas, un combate exitoso contra más de un centenar de uniformados que salieron de Gaitania conduciendo cincuenta cargas de café robado. Los militares, derrotados, abandonaron su botín así como armas y abundante munición. “Un rotundo éxito nuestro”.

Asimismo, fuerzas liberales y comunistas participaron de manera conjunta en la primera toma de Órganos, población del Huila. “Establecimos un cerco de cinco horas que calmosamente fuimos cerrando hasta dominar la situación, después de un prolongado y duro combate. Capturamos fusiles, revólveres, escopetas y *grases*, y en el cuartel de la policía hallamos 4.000 cartuchos de fusil; capturamos también un fusil italiano equipado con 5.000 proyectiles en la casa cural, vivienda de un sacerdote católico de apellido Monar”. El cura Monar oficiaba misa sin sotana; lo hacía con su uniforme de teniente, y sin angustias en el alma bendecía las armas y salía en compañía de la patrulla con una larguísima carabina mejicana, a cazar ‘chusmeros nueveabrileros’. La población de Órganos fue virtualmente destruida en esa toma. Liberales y comunistas, en acción conjunta, atacaron también el poblado de Gaitania; los conservadores y la policía no ofrecieron resistencia, simplemente huyeron. “Ocupamos la localidad durante 24 horas, incautando lo que consideramos de utilidad para el movimiento”. Algún tiempo después las guerrillas liberales de los Loayza volvieron a incursionar en el poblado de Gaitania, esta vez con el fin de liberar a treinta liberales que estaban presos e iban a ser fusilados; a pesar del éxito inicial de la operación, los liberales presos fueron finalmente fusilados porque los atacantes se desentendieron de su objetivo y dieron en beberse las tiendas a pico de botella y a saquear los almacenes. La policía se hizo fuerte atrincherándose en lugares invulnerables; al cabo de las horas la guerrilla perdió numerosos combatientes y debió retirarse.

Pronto comenzaron las diferencias entre guerrillas liberales y guerrillas comunistas, establecidas éstas en El Davis, diferencias que estaban llamadas a

convertirse en capítulo central de la historia del movimiento guerrillero en el Sur del Tolima. Cuando en el Estado Mayor Unificado los comunistas quisieron imponer el tipo de organización que rigió la corta vida de la Columna de Marcha y que luego practicarían en sus destacamentos y en su base de El Davis, surgieron, como era lógico esperar, conflictos con quienes no estaban acostumbrados a una organización guiada por normas de forzoso acatamiento. La disciplina cuartelaria promovida por los comunistas suscitaba, en efecto, fuerte rechazo entre los guerrilleros liberales, aunque algunos, como Pedro Antonio Marín, la justificaban. “Uno lo que veía era que los comunistas dondequiera que llegaban de inmediato implantaban su guardia. Yo también lo hacía. No hacerlo, significaba el reconocimiento de la indisciplina. Así lo veía. Porque tener cien hombres hoy que mañana no están en el comando y pasado mañana regresan tranquilos, y de nuevo salen a dar vueltas a sus metederos de calor humano, sueltos por la vereda, sin control, es física manifestación de ausencia de las normas que deben regir en un cuartel”. Los liberales de la zona estaban acostumbrados a obrar por cuenta propia, haciendo las cosas como querían y cuando querían. Los comandos comunistas, recuerda Manuel Marulanda, funcionaban igual que un cuartel: la guardia, las avanzadas, los centinelas, el oficial de servicio, los relevantes, es decir, un cuerpo estructurado y estable. Había guardias en los alrededores del campamento, relevos cada veinticuatro horas. Para la mayoría de los guerrilleros liberales, por el contrario, la espontaneidad era decisiva en el quehacer permanente de la lucha.

“Yo llegué al comando de La Ocasión, y en ese entonces se reorganizó definitivamente la dirección de la guerrilla liberal en presencia mía. Fue después de la llegada de los comunistas al comando de El Davis. En el proceso de constitución del Comando Conjunto se señalaron cosas de los comunistas que no gustaban a los liberales... Nos reunimos Gerardo Loayza, sus hijos, los García, los Rada y unos Ospina, y conformamos la dirección de la guerrilla liberal del Sur del Tolima, o sea, como quien dice, en contraparte ya de los comunistas. Pero hasta ese momento nadie hablaba mal de los comunistas, en absoluto”. Con la constitución del Comando Conjunto los liberales formaron un bloque claramente separado de los comunistas, aunque sin desconocer el Estado Mayor Unificado. Hablaron de unirse con las guerrillas de los Llanos, con las guerrillas de Antioquia, y de organizar un movimiento liberal armado en gran escala para derrocar el sistema. Se insistió en que la consigna de los liberales debía ser el no pago de impuestos, “preferir la cárcel antes que hacerlo... a fin de quebrantar al gobierno en su base económica; se dijo que en esa lucha nos acompañarían los comunistas, gente muy sana, gente revolucionaria y

muy perseguida”. La manifestación de las reservas de las guerrillas liberales frente a los comandos comunistas se reducía por entonces al rechazo de la disciplina cuartelaria.

En la segunda reunión del Comando Conjunto de las guerrillas liberales se acentuaron las diferencias con los comunistas, incluso en puntos militarmente sensibles. El combatiente, se dijo, podía salir y volver, lo importante era que estuviera dispuesto a obedecer las órdenes del jefe de la vereda. “Con toda seriedad se anotó que el botín de guerra debía corresponderle por derecho propio a quien lo cogiera en la acción. El combatiente arriesgaba su vida por conseguirlo, el botín era ante todo un estímulo en la lucha, por tanto debía ser de su propiedad. Igual sucedía con las armas, con el dinero, lo mismo con una mula, un caballo o cualquier tipo de mercancía que cayera en manos del combatiente. Se observaba ya una marcada diferencia con los comandos comunistas en estos aspectos”. Se llegó más lejos en esa segunda reunión: “Se recriminó al viejo Gerardo Loayza y a sus hijos porque participaban en reuniones conjuntas con los comunistas”.

En la tercera reunión del Estado Mayor Liberal, los Rada y los Ospina fueron los principales incitadores contra los comunistas. Se dijo –recuerda Marulanda– que la militarización impuesta por ellos en sus comandos cercenaba la libertad individual de los hombres en armas. Que los comunistas todo lo querían volver colectivo, como en Rusia, y que pretendían controlarlo todo, hasta la respiración de las personas. En El Davis, por determinación de los comunistas, después de las siembras había que esperar el tiempo planeado para recoger el maíz y había que escuchar con paciencia las órdenes del encargado de la economía, que determinaba cómo y cuándo debía repartirse la cosecha para el gasto y el consumo de las comisiones armadas y de la población civil. Decían las voces críticas que así había sido el comienzo de la colectivización forzada en Rusia, todo sujeto a planes, sin que los individuos pudieran tener ninguna iniciativa. Y concluían esas voces: “Nosotros vivimos y actuamos en el Sur del Tolima, la tierra donde crecimos, nuestra propia geografía. Nada tiene por qué atarnos a una tierra tan lejana como es Rusia. Y eso quieren los comunistas de El Davis, que piensan como si fueran rusos. Ellos son ellos en su forma de pensar, nosotros somos nosotros en nuestro pensamiento liberal”.

En las reuniones del Estado Mayor Liberal, Marulanda sostenía posiciones cercanas a los comunistas en los asuntos propiamente militares. Para él, se requería una organización “que le permitiera a uno la defensa en condiciones favorables; porque las veces que nos derrotaron fue por falta de una organización militar adecuada”.

Había otro motivo importante de controversia. Los liberales rechazaron el planteamiento de los comunistas de El Davis en el sentido de que había que unir por la base al pueblo liberal-conservador en la lucha por el derrocamiento de la dictadura y por la creación de un gobierno del pueblo. ¡Tantos muertos en el recuerdo para terminar cogidos de la mano con los asesinos de nuestra gente! Tal era la patética respuesta de los liberales. “Yo veía las cosas de una manera distinta. Lo veía en las regiones de Planadas, Gaitania, en Aipe, en Palermo, en las zonas de conservadores que no tenían que ver ni estaban comprometidas con la violencia. Llegábamos a sus casas y encontrábamos respaldo y apoyo para las acciones. Gente muy buena entre ellos. Pero cuando uno intentaba ilustrar su pensamiento, entonces venía el choque con su pensar cuadrado, se santiguaban, regresaban a su pensamiento de cien años atrás. Era cuestión de cuidado el habla con ellos. Serenar uno el espíritu de la contradicción, hacer política con los hechos de la realidad misma para que la duda aflorara en ellos de labios para adentro y penetrara en sus cabezas. Sin atropellarlos...”.

Las divergencias entre liberales y comunistas quedaron borradas cuando fuerzas oficiales que sumaban más de dos mil hombres invadieron la zona y realizaron una intensa operación rastrillo, “husmeando las hojas y troncos de los árboles, metiendo los ojos hasta escrutar matojos y arbustos, dando la sensación de querer sacarle la verdad a la tierra”. La necesidad suprema de combatir unió entonces en un esfuerzo heroico a los guerrilleros de todas las corrientes. Los comunistas pelearon violentamente en el sector de El Davis, los muertos se desgranaron, los hombres cayeron sin vida como racimos. “Nosotros peleamos en la vía hacia La Herrera, peleamos como si fuera el último de los combates; los comunistas hacen devolver la tropa porque les dan duro con tiro afinado, porque impiden que la tropa avance al colocarles de camino trampas de muerte, que sacan espuelas de pavor a los que vienen pisando las huellas de los que van adelante, los vuelven indecisos, temerosos de continuar. Son muchos los muertos. Los comunistas se unen con nosotros por Horizontes y se desarrolla una pelea infame con el ejército, los frenteamos sin huir, los seguimos como sombra cargada de venganza, los sacamos a tiros por la espalda. Se regresa la tropa por Rioblanco, por vía La Herrera, dejando la región otra vez sin tropa. Respiramos...”.

X

La conferencia de Viotá aleja a liberales y comunistas
– Los guerrilleros liberales declaran la guerra a
los comunistas – Tirofijo se opone a la guerra con
los comunistas

“ **N**o se me ocurrió pensar en la posibilidad de un rompimiento... Me agarró totalmente desprevenido. La hondura del conflicto estaba tocando el fondo del agua”. Pedro Antonio Marín recordaba empero que en la anterior reunión del Estado Mayor Liberal el viejo Gerardo Loayza había dicho completamente convencido: “No existen problemas profundos con los comunistas, pero ya conviene separar la casa”.

Concluida la campaña del ejército, que duró una semana, se realizó la que iba a ser la última conferencia conjunta de liberales y comunistas, la gran Conferencia de Horizontes. Se dijo que cada grupo debería trabajar por sus ideas políticas sin que ello produjera lamentables fricciones en el futuro. Se lograron acuerdos circunscritos a cuestiones militares conjuntas. Pero los liberales liquidaron cualquier posibilidad de solucionar los problemas que estaban produciendo el distanciamiento: dijeron que se abandonarían las acciones militares fusionadas, que los comandos se mantendrían separados y sólo colaborarían entre sí en cruciales momentos de ataque masivo del enemigo. Se delimitaron las áreas de influencia. “Las áreas de influencia liberal deben quedarse quietas, sólo podrán entrar liberales a esas zonas... y no otras influencias extrañas”. Los comunistas no lograron hacer cambiar de opinión a los liberales, por más que argumentaron que las diferencias serían inevitablemente utilizadas por el enemigo.

La ruptura comenzó a producirse cuando los dirigentes comunistas de El Davis difundieron y explicaron los ocho puntos del programa aprobado en la Primera Conferencia Nacional del Movimiento de Liberación Nacional, celebrada en Viotá en agosto de 1952. En esa conferencia participaron diversos movimientos guerrilleros del país; del Sur del Tolima sólo fueron los comunistas, los liberales de los Loayza se negaron a asistir. Las conclusiones de ese evento iban más allá del objetivo de los liberales en su lucha, que era el derrocamiento del gobierno conservador, la restitución del poder al liberalismo y la defensa de la Constitución avasallada por el estado de sitio. A los ojos de los liberales, esas conclusiones reflejaban en buena parte las posiciones del Partido Comunista.

Vino entonces el pronunciamiento decisivo del viejo Gerardo Loayza. Hablando ante una reunión de liberales, dijo que había llegado el momento de ponerle punto final al comunismo, que si los comunistas prosperaban en Colombia les quitarían las fincas a sus dueños, el Estado se apropiaría de los niños, el hombre sin libertad individual sería un pobre hombre sin mente, la vida se volvería colectiva y las mujeres... “imagínense ustedes, la mujer de uno como merienda fresca para veinte machos, pasando de cama en cama en sueño calenturiento”. Continuó con el tema religioso: “Señores, si ahora las ancianas de El Davis tienen que meterse debajo de las camas para rezarle al santo de su devoción, ¿qué pasaría con la religión si los comunistas llegan al poder? Será el adiós a las creencias que uno como cristiano lleva en el alma”. El viejo Gerardo Loayza, que tan generosamente les había tendido la mano a los comunistas cuando llegaron en la Columna en Marcha, cambiaba ahora radicalmente sus conceptos. Como conclusión, dijo que la lucha contra los comunistas se hacía indispensable. Que en esa lucha no estaban solos los liberales del Sur del Tolima, los liberales *limpios* de influencias extrañas; que estaban apoyados por los directorios liberales de Ibagué, Cali y Neiva, con el visto bueno de la Dirección Nacional Liberal. Llegando aún más lejos, anunció: “Tenemos el apoyo de unos coroneles del ejército que están dispuestos a darnos un aporte en armas y municiones para combatir directamente el comunismo en nuestras zonas. Ha llegado el momento de ponerle mano y fin al comunismo”.

Dice Marulanda: “Eso a mí me cayó supremamente mal. Y para ponerle otro ingrediente, para coronar con broche de oro, dijeron que el gobierno había ofrecido –algo absolutamente desconocido para mí– una propina de \$10.000 para cada uno de los jefes guerrilleros, un cojonal de plata para adelantar la cruzada contra los comunistas. Lo dijo Gerardo, lo ratificaron los Radas y los Ospinas... Al tiempo se daba como garantía que el liberal que le quitara un arma a un comunista, sería el dueño del arma; quien le tomara un caballo o ganado a los comunistas, se quedaría con ellos. Eran estímulos para otra guerra dentro de la guerra que estábamos librando contra el gobierno. La guerra entre nosotros...”.

A Pedro Antonio Marín, sosegado de costumbre por el control que ejerce sobre sus palabras, esa noche se le salió el toro. “Me calenté en la sangre y los ofendí en tonos hirientes, porque les dije salivando frente a sus rostros: Estos planteamientos no son de liberales, son planteamientos de conservadores. Esta lucha contra los comunistas, que es de inspiración oficial, nos va a destruir a los unos y los otros. A los sobrevivientes de los dos bandos o a los vencedores de esta guerra inútil y absurda, los rematará

el gobierno. Los vencedores recibirán como premio un tiro en la nuca, quizás el gobierno aumente el premio y serán dos tiros en la espalda... Si un día resolvimos envioltarnos no fue por causa de la persecución de los comunistas. Ustedes bien lo saben. Somos unos perseguidos por la política oficial... –Entonces entramos en choque abierto, alcanzamos a tener pistola en mano esa noche con *Veneno* y *Agarre*, a punto de muerte a una distancia de dos o tres metros. Manos de compañeros nos maniataron la rabia y el impulso de muerte, porque les dije: ustedes van a terminar de gobiernistas, de redomados godos, van a convertirse en estacas de apoyo al gobierno de Laureano Gómez...”.

A la asamblea general convocada para explicar la situación y adoptar una decisión sobre el tema acudieron más de trescientos guerrilleros en representación de las veredas, así como todos los comandantes de grupo. Una intensa expectativa reinaba entre los asistentes, hombres tensos, intranquilos porque la decisión que iba a tomarse afectaría sus vidas de forma definitiva. “Yo partí la asamblea en dos. Hablé sin tanta impaciencia, hablé todo lo claro que pude y dije, yo sé, no me cabe un hilo de duda hacia dónde se dirige esta política. No estoy dispuesto a encarar esa lucha porque no tengo fuerza moral para hacerlo. En los comunistas veo las mejores cualidades, incluso más cualidades que en los mismos liberales. Por lo tanto declaro que de mi fusil jamás saldrá un disparo contra los comunistas. Dije que el personal que estuviera de acuerdo con mis planteamientos debería irse conmigo, votar por mi actitud, ante la gravedad de la situación que se avecinaba”. Los liberales, excitando los sentimientos localistas, argumentaron que los comunistas no eran gente de la región, que no tenían por qué estar en estos territorios de pertenencia liberal. Que los comunistas debieron haberse ido desde tiempo atrás, pero que no hicieron esfuerzo alguno; que los liberales les habían brindado todo su apoyo cuando llegaron en la Columna de Marcha, que los recibieron como hermanos y ahora querían quedarse a la fuerza, sembrarse con sus ideas en estos territorios. Llegó la votación, el margen fue supremamente estrecho. Se aprobó la guerra contra los comunistas por una mínima diferencia. Desalojarlos de El Davis, sacarlos de los comandos, acabar con ellos, tales fueron los términos del acuerdo.

XI

Charro Negro está con Tirofijo y Tirofijo está con Charro; los dos integran un nuevo grupo con cuatro enemigos que atender – Charro y Tirofijo se alían con los comunistas y se trasladan a El Davis – “El lenguaje liberal se nos apollilló en el cerebro”

Durante la crisis entre los guerrilleros liberales del Sur del Tolima a propósito de las relaciones con los comunistas, surge la figura de Jacobo Prías Alape, *Charro Negro*, quien será por años y por siempre el amigo y compañero inseparable de Pedro Antonio Marín o Manuel Marulanda Vélez, *Tirofijo*. *Charro* era un indígena de Natagaima, de ojos rasgados por la malicia, sonriente, de sombrero alón, hombre de caminos que había estado bajo el mando de Cheíto Velásquez en los Llanos Orientales. En su viaje desde los Llanos hasta el Sur del Tolima vino advirtiendo a los pueblos liberales por donde pasaba que debían tomar precauciones y prepararse porque los conservadores andaban con la sangre dispuesta a la venganza después del alzamiento de los *nueveabrileños*. Nadie le hizo caso, como contaría Jaime, el menor de los hermanos Guaracas, quien se convirtió en guerrillero después de los estragos producidos por policías y *pájaros* en La Estrella, región donde estaba la finca de su familia: “Nadie entendió que sobre nosotros caería muy pronto la hecatombe... Eso dijo *Charro Negro*, que llegó anoticiando sobre el cambio de la situación y sólo recibió como respuesta la despreocupación dañina”. Jaime estaba muy joven cuando conoció a *Charro*, momento que nunca olvidaría: “Lo vi acompañado de quince a dieciocho hombres armados de escopetas de fisto y de escopetas de cápsula, conocidas como macocas, y con él dos hermanos míos, Abelardo Guaracas, nombrado autoridad en Santiago Pérez el 9 de Abril, por voluntad del pueblo en ira, por ser reservista, y Marcos Guaracas que resolvió una noche acompañar a Abelardo en un viaje sin dejar en la familia el rumbo trazado para sus destinos. Volvieron los dos en compañía de *Charro Negro*, ilusionados, hablando de guerrillas con la emoción que embargaba de brillantez sus ojos...”.

Aunque un hecho dramático cruzó antes los destinos de Pedro Antonio Marín y *Charro Negro*, y aunque los dos eran cuñados, sólo se hicieron amigos a partir de la noche en que los liberales decidieron combatir a los guerrilleros comunistas. “Allí, en semejante tormenta a punto de tiro de pistola como fue la asamblea guerrillera de los liberales en La Ocasión, el

Charro está conmigo, defiende mi posición, define el peligro junto a mi persona, apoya mis planteamientos, y desde entonces siempre nos jugamos la suerte en compañía por muchos años. Es cuando se dice, *Charro* está con *Tirofijo* y *Tirofijo* está con *Charro*. Antes nunca habíamos acercado la amistad entre hombres, porque él iba en una comisión y yo en la otra comisión, de pasada nos dábamos la mano cruzando El Saldaña, otra vez la mano y el saludo por Horizontes, de nuevo la conversa por los lados de La Herrera, otra vez los deseos de éxitos en una acción en cercanías de Bilbao; así era como yo lo conocía. Lo descifré como se descifra a un hombre en los estallidos de su ánimo, en la vocería de su temple, en el dominio de su ira, en la franqueza cierta de su verdad, en el odio a la mentira, en el orgullo por su vida, en la sencillez y no en la prepotencia, es decir, en los misterios de su pensar; lo conocí cuando él se acercó a mí y yo a él, y ello fue en la tormenta que pasamos los dos en aquella reunión de La Ocasión”. Días después, *Charro Negro* invitó a Pedro Antonio Marín a su casa. “Yo acepté, me fui en compañía de seis de mis hombres y estuvimos tomando trago y bebiendo chicha como un par de condenados, sin descanso, y nos emborrachamos hasta quedar dormidos en los asientos. Al otro día la mamá de *Charro* nos ofreció unas aves para comérmolas y corrimos como un par de muchachos enloquecidos detrás de las aves y no las agarramos de lo puro borrachos, y sin decirnos la decisión, rodilla en tierra, les echamos bala, las aves levantaron una polvareda hasta el cielo y las desplumamos a bala y así comenzamos a compartir la vida con *Charro...*”.

El hecho dramático a que aludimos arriba fue un conflicto que enfrentó a *Charro* con los Loayza y que estuvo a punto de costarle la vida. *Charro* nunca olvidó esa diferencia, “una diferencia que hirió de muerte su corazón, que lo volvió hombre de rencor aprisionado en el pecho”. *Charro* tenía un hermano al que quería mucho, un negociante que tenía quince mulas con las que transportaba mercancías y café para vender por los lados de Florida, Valle. Los liberales lo acusaron de ser informante del ejército, lo que no era cierto y nunca pudieron comprobarlo, y le dieron muerte. “Cuando *Charro*, herido por el sentimiento de rabia y dolor se salió de casillas y manifestó el desacuerdo por la forma miserable como asesinaron a su hermano, los Loayza ordenaron ponerlo preso, lo dejaron amarrado ya en salmuera con muerte decretada. Yo llegué al sitio y lo vi amarrado en la proximidad de su agonía, y lo vi sin que sus ojos expresaran un pedido de piedad para su vida; lo vi amarrado en su hombría, así era *Charro* en su orgullo, no era hombre que durmiera con la cobardía, no le importaba que la muerte le acosquillara la nuca, no era hombre para dejar caer la rodilla en tierra en angustia de imploración. Yo ejercía autoridad entre los Loayza y fue necesaria

mi voz para hacerlo libertar... Más tarde, el *Charro* se vuelve cuñado mío, o sea que *Charro* toma una hermana mía como su mujer...”.

Charro Negro y *Tirofijo* –todavía Pedro Antonio Marín no era conocido como Manuel Marulanda Vélez, pero sí como *Tirofijo*– crearon su propio comando en los alrededores de Planadas, Gaitania y El Socorro, en medio de una situación supremamente complicada. El ejército se había establecido permanentemente en la zona. Antes las tropas organizaban por un tiempo una operación rastrillo y luego desaparecían, sin posesionarse de los territorios. Ahora se habían establecido en las cabeceras de los pueblos y cada quince días emprendían acciones contra las zonas rurales. “El ejército cambiaba sus concepciones operacionales. También nosotros estábamos cambiando la forma de hacer la guerra”. Pero lo que más complicaba la situación para *Charro* y *Tirofijo* era la cantidad de frentes que debían atender. “Nos metimos en tremendo lío; póngase a pensar. Enfrentados al régimen, enfrentados a los liberales de los Loayza, enfrentados a los conservadores y enfrentados también a los comunistas. O sea que no teníamos tres sino cuatro enemigos, ahí a boca de jarro, vecinitos todos. Era una situación demasíadamente delicada”. En efecto, los comunistas de El Davis, a quienes los liberales habían declarado la guerra, no diferenciaban entre los Loayza y el grupo de *Charro* y *Tirofijo*. “Nos incluían a *Charro* y a mí en la misma mochila. Seguramente pensarían: los unos y los otros son de la misma calaña. Eso significaba la guerra contra los comunistas, lo cual de por sí era un poco doloroso...”.

Charro Negro y *Tirofijo* tenían seiscientos hombres, no todos en armas; los armados eran cerca de doscientos. Contaban con el apoyo irrestricto de la población civil que vivía en el área. Los guerrilleros comunistas del comando de San Miguel les causaron algunas bajas. En un contraataque, la guerrilla de *Charro* y *Tirofijo* capturó a un comandante comunista, *Arrancaplumas*, junto con varios de sus hombres. Pedro Antonio Marín, sin resquemor alguno, les dijo a los prisioneros comunistas: por estar atacándonos a nosotros, el ejército los tiene arrinconados por los lados de San Miguel. “Ustedes quedan libres. Se van para el comando y les dicen a sus camaradas que dejen de ser bobos, que piensen un poco políticamente, porque nosotros no somos los enemigos, con nosotros no es la pelea. Nos hemos retirado del bloque liberal porque comprendimos que ese no era el camino justo. Somos antigobiernistas, no somos anticomunistas, no estamos persiguiéndolos a ustedes. Váyanse y llévense estas noticias y díganles que dispongan de un cuadro político que venga a visitarnos, que por aquí estamos a la orden, que lo que necesiten lo ponemos a su disposición...”.

Vino una comisión de los comunistas a hablar con el comando de *Charro* y *Tirofijo*. *Charro* visitó después a los comunistas en el comando de Canoas;

hubo un mitin en su honor y una fiesta que duró dos días. Avanzaron en el diálogo en los meses siguientes, hasta alcanzar un pacto por el cual se creó un nuevo Estado Mayor Unificado, que ahora cobijaba a los comunistas y al grupo liberal de *Charro y Tirofijo*. “Es cuando decidimos concentrarnos con *Charro* y nuestro personal en El Davis. Porque ya estábamos hablando de cuestiones políticas –ya el lenguaje liberal se nos apolilló en el cerebro, se nos salió en definitiva de la boca, dejamos de mastigarlo–, ya hablamos un lenguaje más progresista, ya nos entendimos con los comunistas y, al unificarnos, nos fuimos para El Davis... Con el personal a disposición, decidimos unirnos a la evacuación que iba para El Davis”. Fue una marcha por trochas, subiendo la Cordillera con cientos de hombres, con niños y viejos apeñuzcados en las noches dándose calor con sus respiraciones, compartiendo la ilusión de llegar a un territorio más seguro. Marulanda nunca olvida las terribles pesadillas de Doña María, una anciana que despertaba a la misma hora de la noche gritando que su cabello, sus senos, sus piernas eran como un largo camino de hormigas que bajaban a comerse sus pies. El hambre cambió el aspecto de los niños, ahora eran de un color cenizo amarillento con transparencia de piel de espejo, y estaban enflaquecidos hasta los huesos. La columna se detenía para arrancar la comida que se encontraba en los arbustos, los árboles y la maleza; cualquier pepa, cualquier tubérculo o fresa silvestre era buena para la ansiedad de los estómagos. Llegaron a El Davis, sede de los comunistas, y fueron recibidos por el nuevo y alborozado calor humano que desde varios días atrás los esperaba.

XII

El Davis, una población socialista en el sur de Colombia

Con la llegada de la gente de *Charro y Tirofijo*, El Davis se convirtió en un pueblo con cuatro o cinco mil almas. Dos ríos abrazaban a El Davis, el Cambrín y el Anamichú. Cerca pasaba una quebrada, conocida como La Lindosa. “Muy poblado con muchas fincas cafeteras, con caña y plátanos, no fue consecuencia de una colonización de las guerrillas liberales y comunistas. Era zona de asentamiento de antiguos liberales, que vivían allí desde antes de la violencia y lo levantaron con un ordenado trabajo...

Tierras donde usted siembra la vida y crece la vida”. Construyeron un cuartel, una comandancia de armas. “Para hacerme entender mejor, le diré que era un plan grande, rodeado de trincheras y fortificaciones; el círculo dispone de vigilancia y de servicio de 24 horas; hay un lugar en el cual se ejecutan las formaciones diarias y se realizan los entrenamientos rutinarios de orden cerrado –lo que nosotros llamamos patio–, una vida cuartelaria de lo más estricta”. En el día el personal está en servicio, nada ni nadie puede quedar por fuera de los reglamentos: para acostarse, para levantarse, para comer, para los deportes, para todo. “Una reglamentación muy bien organizada”. El Estado Mayor Conjunto –“éramos como veinte o veinticinco”– se reúne, discute y dispone lo relativo a la actividad militar, prepara la defensa y planea los asaltos a regiones conservadoras, en fin organiza “todas las funciones como si se tratara de un ejército, con una estructura jerárquica similar a la del ejército: había muchos cabos y muchos sargentos, muchos tenientes; capitanes había como cinco o seis, y bastante tropa”.

Recuerda Gabriela, la hermana menor de Gerardo Loayza, única persona de la familia que decidió unir su vida a la guerrilla comunista:

“Existía un comité de mujeres con su dirección central y su ejecutivo y nos reuníamos algo así como unas cuatrocientas mujeres cada ocho días, los sábados. La reunión se hacía para leer materiales, revistas, libros y explicarlos; para discutir cosas relacionadas con las familias, especialmente sobre los niños, y luego se concluía en la organización de las comisiones para la enfermería, los pioneros, los casinos y el aseo de la caleta que llamaban cuartel. Las mujeres salíamos junto a los hombres a buscar bien lejos lo que se encontrara: podía ser sólo caña, y caña se traía, podía ser auyama, y auyama se traía; platanitos biches, y platanitos se traía; lo que se consiguiera en las fincas abandonadas... La mujer militaba en las células del partido pero no se le permitía su ingreso a la guerrilla... Existía una especie de machismo que no permitía que las mujeres salieran a la lucha”.

El batallón Sucre era el de los pioneros. Se componía de niños de seis a trece años, con su comité ejecutivo, sus reuniones semanales y sus comandantes. Se entrenaba a los niños en el manejo de las armas, en el conocimiento del terreno, la defensa personal, la defensa antiaérea, el manejo de las granadas. Se les explicaba quién era el enemigo, cuáles eran los motivos por los que se combatía. Existía además un comité de juventudes comunistas, que hacía labores de educación y propaganda entre los jóvenes para propiciar su integración a la guerrilla.

Además de esa estricta organización partidaria, se creó en El Davis un frente democrático integrado por hombres, mujeres y tropa, con una

dirección ejecutiva que tenía por función decidir sobre muchas cuestiones de la vida interna de El Davis, entre ellas la vida económica –lo cual, dice Marulanda, “a mí me parecía malo, aunque uno reconoce lo acertado de otras medidas”. En la dirección ejecutiva participaban representantes de los jóvenes, del partido, del Estado mayor. “Se discutía la tumba de una montaña, y si había mayoría se tumbaba la montaña. Si llegaba uno de los encargados del frente de trabajo y planteaba la necesidad de destinar fuerza de hombres para moler caña, entonces se dedicaba el esfuerzo en moler caña; si el objetivo era la recolección de maíz y frijón, porque las rozas estaban en su punto, se ordenaba hacerlo; de otra parte se decidía que en determinados frentes no era necesaria la aplicación de más fuerzas humanas”. La dirección centralizada de la vida económica, que respondía a concepciones comunistas, constituía una especie de gobierno, “tenía cara de gobiernito por sus amplias facultades, por la organización comunitaria de la acción de la población civil. Un frente de trabajo se establecía con doscientos hombres, los unos sembrando, los otros en la limpia, otros encargados de administrar el cacao, los platanales, el maíz, las legumbres. El trabajo se repartía según las especialidades de cada cual, los expertos en legumbres en su sitio, los expertos en cultivo de caña en su zona; los expertos en el cultivo del cacao con el cacao; los expertos en el cocimiento de panela en los trapiches y en las moliendas; los expertos en la siembra del maíz y el frijón en sus zonas. Cada ramificación de la economía obedecía a un jefe de personal y a su respectivo reemplazante. Algo importante en la historia de un movimiento guerrillero decidido a cogerle, desde un comienzo, los pasos al futuro...”.

Lo cierto es que la conversión de El Davis en una especie de comuna, en un cuerpo social orgánico presidido por una dirección central con un espíritu partidista, contradecía las inclinaciones de la población agolpada en El Davis. El bloqueo económico determinado por la presión del ejército contribuyó a acentuar el control político y las reglamentaciones. Hubo una crisis de alimentos. La dirección ejecutiva decidió que las fincas abandonadas a la redonda –y las montañas vecinas, después de descuajadas– debían cultivarse. A cada ramificación de la economía se le asignó un jefe de personal, que debía rendir cuentas ante *Casimiro*, director general de la economía. El control político-económico se centralizaba, a la vez que las actividades económicas se realizaban de manera crecientemente colectivista.

Las contradicciones internas resultaron también en este caso atenuadas por el hostigamiento del ejército y las necesidades de la defensa.

XIII

Guerra a muerte entre comandos liberales y
comunistas – El ejército entra a arbitrar – El
ejército es combatido exitosamente por los dos
bandos guerrilleros

Al hostigamiento del ejército contra El Davis se sumaron los enfrentamientos con las guerrillas liberales. Estos enfrentamientos se hicieron cada vez más frecuentes, más terribles, más encarnizados: emboscadas, contraemboscadas, asaltos y contraasaltos. Dos “filosofías” o talentos se oponen en una guerra cruel y sin cuartel. Cada bando defiende sus convicciones, su razón de ser, la implantación de su verdad. No es posible el razonamiento. Los unos son liberales *limpios* —limpios de contaminaciones foráneas, es decir, que hacen del anticomunismo un rasgo definitorio de su identidad. Los otros son los *comunes*, acérrimos enemigos del individualismo económico, contradictores del régimen social existente. Del lado de los *limpios*, un crudo particularismo que en medio de la guerra no pierde de vista la persecución del lucro y del poder local; del lado de los comunes, un igualitarismo doctrinario que desafía los usos sociales prevalecientes y el horizonte de las posibilidades históricas. Los dos bandos, olvidándose del ejército y de los odiados conservadores, confluyen finalmente en un punto: la voluntad de decidir por las armas quién es el portador de la verdad.

Se produce un asedio sobre El Davis, sostenido e implacable; desde sitios dominantes, los grupos de fusileros liberales se relevan impidiendo la movilidad del personal de El Davis. En el comando comunista se construyen fortificaciones circulares, se cavan profundas trincheras para soportar el cerco de los liberales. *Charro*, *Tirofijo*, *Joselito* —recuerda Jaime Guaracas— en reunión del mando concluyen en la necesidad de romper el sitio que los *limpios* le han puesto a El Davis. *Tirofijo*, acompañado de su hermano y de cinco hombres más, reptan en la noche hasta las posiciones de los liberales y en la madrugada los sorprenden con fuego cerrado, haciéndolos salir de sus cuevas en veloz huida. Viene luego el contraataque de los *comunes*. “Lanzamos la ofensiva contra ellos, ataques violentos. Dejamos de pelear a la defensiva y entramos a la ofensiva, a ocuparles sus comandos mayores, ataques en los cuales resultan seis, ocho o diez muertos, sin saber de los muertos de ellos, que deben ser muchos.

No dejamos comando liberal sin atacar: les atacamos La Ocasión, El Agarre, La Palma; por Herrera les atacamos Bilbao; por dondequiera que sabíamos que estaban, por ahí les caía con furia la gente nuestra. O sea, una ofensiva total”.

Una de las acciones que produjo más pérdidas de hombres para ambas partes fue la toma del cuartel liberal de La Escuela por comandos comunistas bajo el mando de *Arrayanales* y *Joselito*. El cuartel estaba fortificado en torno, los huecos cubrían a sus defensores hasta el pecho, dejándoles plena libertad para accionar sus armas. Los *comunes* avanzaron como culebras silenciosas. La tranquilidad de la madrugada se turbó con el espanto de la gritería: “Avancen, *comunes* hijueputas”, “Ya vamos, *limpios* malnacidos”, “Los esperamos pa’ darles por el culo”, “Eso lo veremos, bocones malparidos”. Los *comunes* invadieron los fortines; en las trincheras se combatió cuerpo a cuerpo, con cuchillos, machetes, disparos a quemarropa, mordiscos que desfiguraban los rostros. Cayó el sargento *Camargo*, hermano de *Joselito*. Éste, preso de dolor, atacó con furia ciega: hasta allí siempre había esquivado con sabiduría y frialdad la muerte, pero la consiguió en ese lance. La muerte de *Camargo* y *Joselito* encendió todavía más el furor de los comunes: el liberal *limpio* que ofrecía blanco era hombre muerto, el que caía herido o el que agonizaba era rematado. Nada de compasiones. A las dos de la tarde fue copado el cuartel. A algunos de los *comunes* se les despertó el hambre, entraron a la cocina del cuartel y se comieron una olla de frijoles: en pocos minutos se retorcían por el veneno. Después de que se retiraron los comunistas, uno de los hijos del viejo Gerardo Loayza, el llamado *Veneno*, precisamente, quiso perseguirlos: nadie sabe cuántos disparos perforaron su cuerpo.

Según *Tirofijo*, los liberales llevaron la peor parte en esa guerra de desgaste, aunque los dos bandos acabaron debilitados. El ejército entró a arbitrar, a sacar tajada con una nueva ofensiva general. La situación creada por las luchas entre las dos guerrillas les pareció propicia a los militares para destruir de una vez por todas los focos de resistencia campesina en el Sur del Tolima. Los dos bandos, entonces, sin acuerdos de ninguna índole, cesaron las acciones y dejaron de dispararse. Ante las dimensiones de la ofensiva militar, la preocupación vital de las dos guerrillas pasó a ser el enfrentamiento con las fuerzas del gobierno en sus respectivas áreas. “La tropa no avanzó territorialmente con la facilidad de anteriores ocasiones. Encuentros, muchos encuentros con las tropas desde que partieron de Rioblanco hasta que ocuparon El Davis. Allí en el comando se quedaron por un mes estancados, sin salir, no les dimos respiración, los teníamos rodeados...”.

Cuenta Graciela, la hermana de los Loayza que estaba con los comunistas: “El día que llegaron ya el caserío estaba totalmente desocupado porque se habían sacado todas las familias para el monte, bien lejos en la montaña. Solamente quedamos en el caserío cuatro enfermeras y los camaradas de la dirección: *Líster, Baltazar, Fabián, Leobrán y Llanero*; la consigna que dieron era clara, no había que dejar un rancho en pie, quemarlos tan pronto tomaran el caserío, meterles candela sin compasión. Eso sirvió mucho. El humo fue pavoroso y a la hora que lanzaran las bombas, pues matarían a su misma gente. Las mujeres recibimos los heridos para darles los primeros auxilios, mientras los hombres se daban candela”.

En medio de las ruinas del caserío destruido, los militares se acondicionaron y se aprestaron a montar allí su centro de operaciones. En la noche, los guerrilleros comunistas, en grupos de cinco a siete hombres, coparon sigilosamente los alrededores selváticos y montañosos, hasta cerrar completamente el broche del cerco: trochas, caminos vigilados. No quedó vía de salida que no fuera taponada por pequeños grupos de guerrilla que se sometían disciplinadamente a una larga espera. Soldado que sacaba la cabeza por descuido, soldado que recibía un disparo en la cabeza. Durante días y noches llovió fuego graneado sobre los ocupantes, que ya no podían formar en el patio ni moverse en la periferia sin ser alcanzados. Del cielo, las avionetas en ágiles maniobras lanzaban paracaídas con provisiones: unos caían en el campo de la tropa, otras en el terreno de la guerrilla. Al volar bajo las avionetas, los fusiles vomitaban candela. Una madrugada, reventadas por el cansancio psicológico, las tropas forzaron el escape por un deshecho lleno de precipicios; la guerrilla las siguió prendida a sus espaldas como lapa insoportable. Las tropas iban tan débiles que dejaron por el camino vidas, armas y pertrechos. Después de huir de la zona de los *comunales*, fueron recibidas por los liberales *limpios* en un sitio conocido como La Pala. Se trenzaron nuevos combates. En apoyo de las tropas aparecieron los *mosquitos*, una novedad en la guerra: helicópteros que retiraban heridos, que traían cajas de municiones, drogas. Pero las tropas estaban completamente extenuadas, con los nervios crispados, y abandonaron el territorio.

“A pesar de que nos cogieron divididos, devastados entre nosotros, en una situación de desventaja, incluso psicológica, hay que decir que obtuvimos grandes éxitos...”. La ofensiva general del ejército les dio a las guerrillas la conciencia definitiva de su entidad. “Ya nos considerábamos guerrilleros por el conocimiento y el dominio del terreno, por la disciplina; sabíamos cómo aprovechar la munición, no desperdiciarla. Sentíamos en nosotros un cambio muy superado, lo mismo muy superado en los liberales en cuanto a la capacidad en el manejo del combate”.

Con la retirada del ejército, volvió la granizada de plomo entre *limpios* y *comunes*. No había descanso, no había cuartel, era una especie de pacto con el destino. “Nosotros nos multiplicamos, nos fortalecimos ya con un inmenso apoyo de la población. Nuestra gente había tomado casi todo el gran territorio del Sur del Tolima. Los liberales cada día más reducidos. Y se produce un lamentable acontecimiento, se presenta un nuevo fenómeno: el golpe militar de Rojas Pinilla”.

XIV

Reacciones de las guerrillas ante el gobierno militar
– Cese del fuego entre los bandos guerrilleros –
Confiscaciones bajo el comunismo de guerra; Tirofijo
pide que no le quiten su caballo – Bautismo de
Manuel Marulanda Vélez; “Con tal que me quiten
ese apodo de Tirofijo”

En los comandos comunistas del Sur del Tolima se analizó el golpe militar del 13 de junio con criterios políticos encontrados. Unos dijeron que, antes de decidir una línea de acción, convenía esperar el desenlace de los hechos; otros que, para no aislarse del devenir político nacional, era necesario aceptar las propuestas de paz y concordia pregonadas por Rojas Pinilla. Unos dijeron que había que esperar las orientaciones del Comité Central; otros que había que vincularse al proceso iniciado por el general golpista. Se coincidió en un punto, sin embargo: “que no habría entrega de armas, ni entrega de personal; que se esperaría un tiempo prudencial para tratar ese problema con los mandos militares y con los políticos que apoyaban al general Rojas Pinilla”.

Desde Bogotá, el Comité Central del Partido Comunista envió a dos cuadros políticos para que ayudaran a aliviar las tensiones con los liberales *limpios*. Los enviados fueron Martín Camargo, responsable de asuntos campesinos, y Pedro Vásquez, ligado al trabajo de la Juventud Comunista. Camargo era un formidable orador, muy persuasivo, aunque de un ego elevado al cubo; Vásquez era un paisa audaz, con una fe incommovible en la lucha armada, pero un poco fanfarrón. Vásquez y Camargo fueron tan lejos en la corrección del sectarismo de los comunistas que, dice Tirofijo,

terminaron justificando a los liberales. Los comunistas del Sur del Tolima, acogiendo las orientaciones de los enviados del Comité Central, adoptaron una nueva línea política. Se decidió que los comandos de El Cambrín, El Saldaña, El Davis y Seúl permanecieran inactivos militarmente, atentos a la evolución del gobierno golpista. Y se entablaron conversaciones con los liberales para alcanzar un arreglo pacífico. Después de un largo y accidentado proceso, las relaciones entre los grupos comunistas y liberales parecieron normalizarse. “Nosotros no los volvimos a atacar, ellos no volvieron a atacarnos, no nos volvimos a buscar para darnos tiros...”.

La guerra verbal entre los dos bandos, las acusaciones y denuncias mutuas, que nunca cesaron, giraban ahora en torno al *Comunismo de Guerra* implantado en El Davis con ocasión de la gran ofensiva del ejército y la lucha contra los *limpios*. La nueva política fue propuesta por la dirección política y contó con el apoyo del Estado Mayor. Mulas, caballos y otros bienes de propiedad individual debían ser entregados al Estado Mayor para que éste dispusiera de ellos como conviniera al beneficio de la población y en especial de la tropa guerrillera. Esas medidas, que acentuaban el carácter “socialista” del orden instaurado en El Davis, suscitaron la protesta –moderada– del propio Tirofijo. “Hasta yo caí en la confiscación, al tener mis intereses. Pero, bueno, eso a mí no me importaba, no estaba en el movimiento por mulas y caballos. Cuando me pasaron la nota, les dije: pero no me jodan, déjenme siquiera un caballo para venderlo y comprar una pistola. Está bien, me dijeron, le vamos a dejar el caballo... Claro que pueden ser errores y el enemigo, como es natural, hace de ellos su aprovechamiento político”.

El *Comunismo de Guerra*, sumado al bloqueo del comercio ocasionado por los retenes militares, produjo un grave malestar entre la población de El Davis. “Entonces fue la debacle. Comenzaron dos hombres, tres o cuatro diciendo como mensajeros que el comunismo sometió a las mujeres a trabajos forzados, que les quitó los caballos y las mulas a sus dueños, que luego les quitará las fincas, y terminará por quitarles los hijos y las mujeres. Toda una especie anticomunista, pero no en forma ideológica, sino en la forma más sucia. Una campaña contra los dirigentes de El Davis, echándoles la culpa de las siete plagas que se habían aposentado en las tierras del Sur del Tolima. Una campaña pero en serio, la berrionda...”.

Una noche, en El Davis, Pedro Antonio Marín, *Tirofijo*, oyó contar la historia de Manuel Marulanda Vélez. Descendiente de esclavos negros y de mineros blancos, Marulanda Vélez era un moreno de 1.80 de estatura que sólo tardíamente usó zapatos. Participó en la fogosa agitación de los

primeros socialistas que, encabezados por María Cano, crearon en 1926 el Partido Socialista Revolucionario, PSR, núcleo inicial del Partido Comunista, que se fundó cuatro años después. Formidable orador, llano y directo, con gran capacidad de liderazgo, Marulanda Vélez fue el primer concejal elegido en una lista de obreros en Medellín. En 1936 marchó a Bogotá, llamado por los dirigentes nacionales del Partido Comunista. Allí se convirtió en fundador de la Federación de Trabajadores de Cundinamarca, de la que era presidente cuando murió. En diciembre de 1950, detectives allanaron las oficinas de la Federación de Trabajadores y decomisaron propaganda comunista contra el envío de tropas colombianas a Corea. Laureano Gómez, para granjearse la simpatía norteamericana, envió tropas a participar en esa guerra. Se llevaron preso a Manuel junto con una treintena de sus compañeros; esposado lo condujeron al tenebroso edificio del Servicio de Inteligencia Colombiano, de la calle trece con cuarta, que antes fuera un convento. Siempre esposado, lo pusieron de espaldas contra una pared húmeda, y cinco o seis hombres, entrenados en el arte de la tortura por falangistas españoles, lo golpearon con sus cachiporras hasta hacerle perder el conocimiento. Las tandas de golpes se repitieron día a día. Cuando, al oír el rumor de que había muerto, sus compañeros sindicalistas fueron al SIC a reclamar el cadáver, resultó que el rumor no era enteramente cierto, pero casi: les entregaron un hombre reventado por las torturas, incapaz de tenerse en pie. Lo llevaron al cuarto en que vivía cerca de la plaza de San Victorino, donde murió a los pocos días. Su entierro se constituyó en un inmenso acto de protesta contra la dictadura de Laureano Gómez.

Martín Camargo y Pedro Vásquez, enviados del Comité Central, contaron la trayectoria y muerte de Manuel Marulanda Vélez en la última sesión de un curso para cuadros políticos. Al terminar la sesión le dijeron a Pedro Antonio Marín: “¿Vos por qué no adoptás el nombre de Manuel Marulanda Vélez, para que llevés el nombre del dirigente obrero asesinado y lo pongás bien alto?” “Les dije: el nombre me parece muy bueno, pero que yo lo pueda llevar, no sé, es demasiada responsabilidad. Pero con tal de que me quiten ese apodo de *Tirofijo*, estoy dispuesto a aceptar el nombre de Manuel. –Nadie en absoluto me bajaba de *Tirofijo*, y en mi interior era mi ánimo quitarme ese apodo”. Allí mismo, en la escuela de cuadros del partido, lo bautizaron con el nuevo nombre, hecho que quedó debidamente formalizado y consignado en las actas de clausura del curso. “Se pararon los estudiantes y los profesores y me dieron un fuerte abrazo. Me bautizaron políticamente Manuel Marulanda Vélez. Así me quedé y así continuaré”.

XV

Los guerrilleros liberales pactan con Rojas Pinilla – Mariachi se retira de El Davis – Crisis en la comandancia de El Davis – Se planea la muerte de los dirigentes comunistas; Tirofijo los salva – Éxodo hacia la región de Marquetalia y Riochiquito

Las promesas de pacificación del gobierno militar inaugurado el 13 de junio produjeron el desplome del orden social instaurado por los comunistas en El Davis, cosa que no habían logrado los ataques alternados del ejército y de los liberales *limpios*.

Los guerrilleros liberales, como si hubieran sido invitados a una gran fiesta al aire libre, aparecieron en los pueblos del Sur del Tolima –en Gaitania, Planadas, La Herrera, Chaparral, Ataco– diciendo con voces altisonantes que ellos no tenían ningún problema con la justicia, que su situación se había arreglado, que la pelea entre liberales y conservadores estaba concluida, que en esta nueva etapa no quedaban como enemigos sino los comunistas. “Esto no lo rebajaban, y con razón, pues en la confrontación con nosotros estuvieron heridos de muerte y eso no se olvida con facilidad”. Decían que los comunistas mantenían a su gente encerrada en El Davis, mientras ellos iban de cantina en cantina, bebiendo libremente. “Se alebrestaron en contar sus hazañas de héroes desconocidos, a gritar vivas al partido liberal y vivas al gobierno de Rojas Pinilla, a echar tiros por todo el cielo del Sur del Tolima como queriendo un desplome de lluvias. Los liberales hicieron del 13 de junio algo muy importante a su favor. El comando de El Davis no se desmovilizaba, los planes para responder a la nueva situación estaban en estudio...”.

Algunos de los comandantes de El Davis, que compartían el descontento producido por las medidas confiscatorias del *Comunismo de Guerra*, empezaron a decir que el clima de libertades políticas creado por el gobierno de Rojas Pinilla abría nuevas oportunidades económicas para todos, y que convenía entrar en acuerdos con los liberales. El primer hecho alarmante se produjo cuando *Mariachi*, miembro del Estado Mayor de El Davis, con 200 hombres a su cargo, anunció, junto con *Arboleda*, su retiro del Partido Comunista y del Estado Mayor, y su propósito de buscar la unión definitiva con los liberales. *Mariachi* o Jesús María Oviedo había sido un pastor protestante que vivía por los lados de Planadas.

Fue perseguido por ser protestante y liberal, alcanzaron a encarcelarlo y le hicieron varios atentados, hasta que no aguantó más y se escurrió para el monte en busca de la guerrilla de los Loayza. Era un gran cantante de música mexicana, de donde le venía el apodo. Inicialmente se dedicó a labores domésticas de ranchero o cocinero, sin salir a combatir. Decía que sus creencias religiosas le impedían derramar sangre, así fuera de animal. Cuando el comando de Bilbao fue cercado por el ejército, *Mariachi* fue conminado a combatir bajo amenaza de fusilamiento. Accedió a recibir una escopeta. Desde entonces la sangre dejó de asquearle la conciencia y se convirtió en un terrible y afamado guerrero. En El Davis, *Mariachi* había sido un acérrimo crítico de la guerra contra los liberales, y también contra la participación de las mujeres y los niños en el trabajo en las parcelas y en actividades conectadas con la guerra: pensaba que eso era atentatorio contra los valores de la familia. La forma en que se produjo su retiro no apoyaba, empero, su pretendida moralidad. “Oportunistas de bajo calibre. Se fueron por los lados del Valle y echaron rejo a unas 200 reses y las repartieron entre pocos; a su personal le pagaron una especie de salario por acompañarlos. Se enriquecieron rápidamente... El *Mariachi* y el *Arboleda* me escribieron después insinuándome que hiciera lo mismo que ellos, que volviera al lado de los liberales. Les contesté que yo no era de esa condición humana...”.

Ese doble retiro produjo un enorme desconcierto en el mando superior de El Davis. “Ya uno veía el desaliento en los ojos de un mando perezoso; el capitán *Llanero*, los *Arrayanales*, uno los veía con el mundo perdido para sus ánimos, como sin perspectivas, como si todo hubiera desaparecido, como presintiendo que algo va a pasar y ese algo no se intenta detener, se recibe con físico pesimismo”.

Un día, a las siete de la mañana, cuando Marulanda terminaba de hacerle limpieza a su arma, recibió una carta firmada por los Loayza –los Loayza que quedaban vivos–, dándole un ultimátum. Le escribían: A tales horas llegarán a El Davis 300 hombres y esperamos que usted no se oponga a su entrada; todos los mandos de El Davis nos han manifestado que están de acuerdo con nosotros, y las conversaciones se dirigen a unificar en un solo comando, en un solo movimiento liberal sin comunistas a todos los hombres en filas que operan en el Sur del Tolima. Los cuatro comunistas que aún permanecen en El Davis serán pasados por las armas y finalmente todo quedará resuelto en el Sur. “Yo le pegué tales lecturas a la carta, detenidamente la leí durante la mañana y pensé entre mí: todos estos corrompidos están comprometidos, todos estos tenientes, capitanes esperan la llegada de esos vagabundos que me escriben... ¿Cómo iba a

permitir que vinieran así no más a matar a los dirigentes de El Davis?” Manuel Marulanda Vélez se reunió con los comunistas más caracterizados—*Líster, Wilcken, Timochenko*, los enviados del Comité Central, Camargo y Vásquez— y les dijo: “La situación explotará estos días y a ustedes los van a matar. Aquí no hay una fuerza capaz para detener el asesinato. No es la mejor situación para ustedes, ni para mí, aunque de todas maneras me les voy a oponer. Mis fuerzas no son suficientes para rechazar un ataque de 300 hombres. En la tarde nos organizaremos, la salida será cuando oscurezca. Con tal de que pasemos a tiempo el río Saldaña y subamos la Cordillera hasta la punta que llaman La Pereza, me comprometo a garantizarles la vida. Espero que me avisen a las cuatro de la tarde si aceptan mi propuesta”.

Mientras Marulanda escapaba hacia el profundo sur salvando a los comandantes comunistas, *Charro Negro*, que estaba fuera de El Davis, convocaba a los hombres bajo su comando y los dejaba en libertad para seguir en la guerrilla o aceptar las propuestas de paz de Rojas Pinilla. Con su imponencia de indígena curtido y su gran facilidad de palabra les expuso la posición que en días anteriores había discutido y acordado con Manuel Marulanda. “Ustedes han visto los aviones aflojando propaganda como si estuvieran poniendo huevos, en la que dicen que la dictadura conservadora cayó y fue reemplazada por un militar llamado Rojas Pinilla, que anda ofreciendo acabar con la violencia... Muchos campesinos han caído en la ilusión de esa paz que les están ofreciendo. Es una ilusión que ha encontrado buenos oídos y ha puesto a latir el corazón de muchos por la emoción. Hay cansancio en la población, y con toda razón. Nadie quiere seguir viviendo como fiera acorralada, nadie quiere ver crecer sus hijos con el azote de la muerte en los ojos, y un respiro de paz es apenas natural que muchos quieran aprovecharlo. Nosotros tenemos otros planes diferentes a entregarnos. El gobierno de Rojas Pinilla no es el gobierno que necesitamos los colombianos. Es un gobierno militar que hoy o quizá la otra semana nos estará persiguiendo como a animales de monte. Sus promesas son como una trampa mortal y nosotros no somos tan inocentes para caer tontamente en esa trampa... Hemos oído en los corrillos que muchos de ustedes quieren dejar la guerrilla, salir a buscar trabajo en los pueblos, juntarse con sus familias. Razón poderosa ese sentimiento, y nadie puede sacar esos sentimientos de sus cabezas. Pero queremos hacerles claridad de que lo único seguro en estos tiempos de tormenta es el fusil, cualquier ilusión es meterle tembladera al cuerpo del hombre. No vamos a entregar las armas que tanta sangre acumulada tienen en los gatillos. No vamos a entregarnos por esas promesas escritas en papeles, que siguen

volando y seguirán volando sobre nuestras montañas como pájaros engañosos... Si quieren tocarnos la piel, que se acerquen y nos ericen, pero no nos van a encontrar desarmados. Sabemos por la información que vino caminando que los Loayza, el *Peligro*, el *Mariachi* y el tal *Arboleda* se entregaron de pies y de conciencia al gobierno militar, ilusionados por la Dirección Nacional Liberal. Ellos son hombres con otro destino. Nosotros no nos entregaremos, nos tapamos los oídos para no escuchar esas promesas...”. (Al pronunciar ese discurso, reconstruido según el relato de Jaime Guaracas, *Charro* no había leído aún el compromiso firmado por Gerardo Loayza, Leopoldo García, *Peligro*, *Mariachi* y *Santander* ante los delegados del gobierno militar, cuyo punto 5 hacía referencia a él y Marulanda: “Estamos tan confiados en los nobles propósitos de las Fuerzas Armadas... que no sólo nos entregamos gustosos, sino que estamos dispuestos, si así nos lo exige el gobierno, a colaborar con él para extirpar a los verdaderos maleantes que no atienden el llamamiento del gobierno”). *Charro* concluyó diciendo que aquellos que no quisieran seguir en la guerrilla podían irse en ese mismo momento; sólo que nadie podía llevarse las armas, porque pertenecían al movimiento, “una vieja norma que ustedes conocen”. Solamente seis de los hombres en fila dieron dos pasos adelante para quedarse. Éramos puros muchachos, cuenta Jaime Guaracas. *Charro* se dirigió a los que quedaron en la segunda formación: “Les dijimos que a nadie llevaremos a la fuerza. Pero no olviden el camino de la guerrilla, si de nuevo se sienten perseguidos. ¡Pueden retirarse!”

Los dirigentes comunistas aceptaron la propuesta de Marulanda. Tal como los Loayza lo decían en su carta, muchos de los comandantes de El Davis estaban en entendimiento con los liberales que se preparaban a entrar en la población. Había orden del Estado Mayor de no dejar salir a nadie de la zona. En la primera avanzada les dijeron: “No hay salida”. Marulanda respondió: “Salimos con autorización o sin ella, pero nos vamos”. Los hombres de la avanzada dijeron: “Nosotros no vamos a pelear con ustedes. Salgan”. La segunda avanzada estaba sobre el río Saldaña y el peligro era La Hamaca, una especie de puente colgante al que llegaron en horas de la noche. “Sabíamos que se opondrían al paso, era claro. Entonces hice pasar a los guerrilleros que sabían nadar. Luego llamé a gritos al responsable de la avanzada en la orilla opuesta. Los hombres que pasaron el río a nado, a volapié habían rodeado al grupo de la avanzada. Contestaron de la avanzada: ‘A estas horas de la noche no hay paso. Es la orden’. Les dijimos que tenían que dar paso o los atacábamos. Contestaron que ataque no, que cómo iba a ser... Los compañeros ya los tenían encañonados”.

Les amaneció en El Alto de la Pereza. Cuando descansaron un poco de los trotes, Manuel, más tranquilo, les dijo a los hombres de la dirección política: “Se salvaron ustedes, nos salvamos nosotros. Atrás, el río creció y ahogó a El Davis y todas sus ilusiones sembradas”.

Veintiséis guerrilleros partieron con *Charro Negro* y *Tirofijo* hacia las regiones aledañas al Nevado del Huila —Marquetalia (la región que más tarde llevaría este nombre), Riochiquito... Llevaban a algunos familiares —como el padre de Manuel Marulanda—, varios de ellos iban con sus mujeres. “Decidimos llevarnos a las mujeres, sin importar las dificultades. Es que la guerra produce una inquieta nostalgia por ausencia del calor de la compañera... Además, en el Sur del Tolima no podían quedarse siendo compañeras nuestras. Nosotros sabíamos, no existía error en la apreciación, que por muchos años no volveríamos a pisar estos territorios... ”. ☪